

EL TEATRO MODERNO



MANUEL FONTDEVILA

La protegida

(La dona verge)

Traducción de
LEOPOLDO BEJARANO

MEL.

EL TEATRO
MODERNO
Director : LUIS URIARTE

Manuel Fontdevila

LA PROTEGIDA
(LA DONA VERGE)

DRAMA EN TRES ACTOS

TRADUCCION AL CASTELLANO DE
LEOPOLDO BEJARANO

Estrenada en el Teatro de Apolo, de Barcelona, el 28 de septiembre de 1926; y en el Teatro Martín, de Madrid, el 6 de junio de 1928



PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 16-VI-1928 NÚM. 146

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
'sabel (18 años)...	*Carmen Sánchez.*
Marcela (25 años)...	*Carmen Cachet.*
Mariana (55 años)...	*María Santoncha.*
Pilar Orriols (35 años)...	*Paz Robles.*
Adelita (16 años)...	*Elena Cózar.*
Rafaela (15 años)...	*Conchita Sánchez.*
Señora Ursula (60 años)...	*Concha Bermejo.*
La criada (23 años)...	*María Rosa Frías.*
Don Ernesto Acebal (45 años)...	*Juan Aguado.*
Alfredo (30 años)...	*Manuel París.*
Andrés (55 años)...	*Agustín Povedano.*
Paco (25 años)...	*Manuel Dejuán.*

DEDICATORIA:

A Francisco Madrid, el amigo protector entusiasta, adicto, incondicional, padrino de esta comedia.

Si no te la dedicase cometería contigo, niño grande, corazón noble, una injusticia más amarga que la que la Familia y la Sociedad cometen con la Bel, la protagonista magníficamente encarnada por nuestra admirable María Vila.

ACTO PRIMERO

Un sotabanco en una calle de un barrio popular. A la derecha, segundo término, puerta de entrada; ventana al foro, que da a la calle. Perspectiva de tejado. Un campanario. Primero y segundo término izquierda, puertas de entrada a las habitaciones del piso. Muebles escasos y humildes: sillas, mesa de comedor. Sobre la mesa una botella de vino tinto y un par de vasos. En la pared un cuadro de la República—la célebre matrona litográfica—, algún torero de prestigio, un reloj de péndola en un rincón... Al levantarse el telón están en escena Paco y Alfredo.

(Alfredo, en actitud de contar alguna historia. Paco, escuchándole. Ambos, sentados.)

ALFRE. Por entonces aún vivía mi madre. Aquel día había cobrado sin ser sábado. *(Acción de pegar.)* Mi padre la adelantaba el almanaque con frecuencia...

PACO. ¿También a la tía el tío?... *(Con extrañeza.)*

ALFRE. ¿Quién; mi padre a mi madre?... ¡Vamos, hombre! Siempre que bebía, y bebía siempre... Para eso de cobrar, esto era un Montepío... No se podía estar aquí. Mi madre, llorando... Mi padre, de morros con el trabajo y con la familia... ¡Imagínate el plan alimenticio!...

PACO. ¿Crisis de subsistencias?...

ALFRE. ¡Toda la vida! A los diez y seis años aún tenía yo sin estrenar quince metros de tripa. Cuando vi que el servicio de cocina andaba malamente, un día, que ya hacía tres que no desayunábamos, fuí y me dije: "Alfredo, siguiendo por este camino te va a entrar una debilidad en los dientes que después, cuando mejore el tiempo, puede que se te olvide masticar." Y, como te digo: lié el petate y a correr el mundo... ¡A Barcelona en tres jornadas! ¡Película de ferrovía con sustos y carreras!... Y, en Barcelona, al puerto...

PACO. ¿Por qué al puerto?...

ALFRE. Verás. El puerto siempre tiene más vida que los rincones de la ciudad. En cualquier país del mundo el puerto es el casino de los pobres, de los vagos y de los vivos a quienes corre prisa tropezar con un duro; ¡como si del otro lado del mar hubiese de venir, viento en popa, un barco misterioso cargado de maná!... Llego al puerto y medito: ¿Cuál de estos barcos pirará más lejos?... Había uno ruso... ¡Demasiado frío en Rusia para ir sin gabardina!... Había otro de Turquía... ¡Mal destino, me dije!; los moros le hacen ascos al cerdo y yo es que me perezco por el lomo... Por fin encontré el mío: el "Río de la Plata"... América era un bello panorama de caña de azúcar, plátanos y hasta la rica piña... ¡Dicho y hecho!... Una cuerda era bastante para mí, que soy equilibrista. Y por la amarra de estribor hice mi entrada triunfal en el barco que había de llevarme a luengas tierras... "Cuando estemos en medio del mar, me pensé, malo será que te boten afuera..." Y, como un fardo más, hice la rosca entre un cargamento de cajas de conservas y de serones de higos secos, por aquello de que "quien a buen árbol se arrima...", que malo había de ser que en aquel escondrijo me muriera de hambre... Pero como a una rata, me cogieron, ya camino de América, en mitad del Atlántico, que te juro

que es uno de los mares que tienen más cubos de agua...

PACO. ¿Y te hicieron desembarcar?...

ALFRE. Me recibieron con los honores de ordenanza. No te diré que izaron la bandera, porque te engañaría; pero sí que me pusieron frente a las barbas del capitán, el cual, convencido de que yo era de la misma madera que Magallanes y Cristóbal Colón, no quiso quitarme la ilusión de dejarme descubrir otra vez las Américas, y me envió de una puntera a la cocina a hacer de "friega-platos".

PACO. ¡La pitanza segura! ¡Te tocó el premio gordo!

ALFRE. Llegué a Buenos Aires con noventa pesetas. Allí fuí pelota humana en un circo ecuestre, botones en una clínica, enfermo en otra clínica...

PACO. ¡Lagarto, lagarto!...

ALFRE. Guarda-agujas en los Andes, tenor cómico en Chile, capataz de negritos en el Brasil, domador de leones en Perú, capitán insurrecto con Zapata en Méjico, topista de cuidado en Chicago... y expulsado de Nueva York. Desde allí, como el que no hace nada, me largué a Escocia a pescar el auténtico bacalao en remojo...

PACO. ¿Como ese tío de la Emulsión Scott?...

ALFRE. De Escocia fuí a parar a Rusia, en un viaje de recreo, sin una beata, como siempre; ya se sabe... En Rumania tocaba el cornetín. Se le levantó a las autoridades dolores de cabeza, y otra vez de camino... En una palabra: he recorrido todo el globo terráqueo y, de haberme agenciado un aeroplano, sería el primer explorador de la Esfera Celeste...

PACO. ¡Chavó! ¡Vaya una historia!...

ALFRE. ¡Natural!... Si no estuviera enfermo, ¿me estaría yo ahora en casa? Con esta madre de repuesto, que la llamamos tía y que yo te digo que lo es; con la hermana mayor, que se ha soltado el pelo, y la pequeña, que tiene más manías que un jugador de buena fe...

PACO. ¡No hables mal de la Bel!

ALFRE. No hablo mal; pero es una "panoli" que para nada sirve. Tiene las mismas chifladuras y preocupaciones que la abuela.

PACO. *(Levantándose.)* Ya sabes que si yo fuese un hombre cabal y ella me camelase, por mí nos casaríamos...

ALFRE. ¡Pues habías hecho el monte!

PACO. ¿Por qué?

ALFRE. Porque con la vida que llevas y el carácter de ella, a los tres meses el tafetán por metros... *(Pausa.)* ¡Mi padre!

PACO. Bueno, "che". Me las piro. El Chinarro me espera en el bar de la esquina. No quiero que tu padre la tome ahora conmigo como las otras tardes. ¡Salud!...

ANDR. *(Saliendo de una de las laterales de la izquierda. Ha empinado el codo y se le nota en una cierta indecisión al hablar, que se va acentuando para ser manifiesta en su escena con la Mariana e Isabel.)* ¡Qué busca aquí este randa!... *(Mutis Paco.)*

ALFRE. ¡Empieza el baile!

ANDR. ¡Empieza la marimba! ¡Como hay Dios!... ¡Valientes amistades!...

ALFRE. ¡Como no tengo ropa para los tes del Pálas!... ¡A ver con quién va uno a tratarse!... Al fin y al cabo, Paco es primo mío y sobrino de usté...

ANDR. Parientes de esta clase y trastos viejos..., ¡lejos!... Este galán nos tiene demasiao cariño... ¿No te has dao cuenta aún de lo que ronda?...

ALFRE. ¡Haciendo méritos pa que le deje usté algo cuando teste!...

ANDR. ¡Haciendo cucamonas a la peque!... Y yo no estoy pa cuentos, ¿me oyes? Van mal las cosas pa que tengamos ganas de jarana. ¡Basta ya de pamplinas!...

ALFRE. *(Aparte.)* ¡Como que no dan "pasta"! *(Alto.)* ¡Pare usté el carro, porque ya me largo! ¡Mañana me lo dice más despacio! *(Mutis por la izquierda.)*

ANDR. ¡Granujas!... *(Por la puerta del foro aparece Mariana.)*

MARIA. ¿Qué? ¿No trabajas?...

ANDR. Está visto que me sigue la negra. El domingo me dijeron que el jueves; el jueves que pa el sábado; hoy me han dicho que el lunes. ¡El cuento de la buena pipa! ¡Ya seis meses que andamos en las mismas!...

MARIA. ¡Y yo que confiaba en que hoy traerías dinero! El panadero me ha largado un sofión. Se le debe to el mes. El de la tienda ha echao el cierre... ¡Si no puedes jugar pa ver si nos traes algo, no sé cómo saldremos!

ANDR. ¡Jugar! ¡Jugar! Pero ¿te crees que yo me chupo el dedo? ¡No se juega ni al chito! La cosa está que arde. Todo son cábalas y buenas razones. Ahora salen con que se ha de reunir el Comité.

MARIA. ¿El qué?

ANDR. ¡Nada! Unos señores que administran los fondos procedentes de todo este tinglado. Unos tíos que no juegan, pero dejan jugar para poderse dar el gusto de ser caritativos con los pobres, o mejor dicho: para largar dinero a los técnicos de la miseria, a los gerentes o directores de los Asilos y refugios en que se alberga siempre, por poco tiempo, la gallofa...

MARIA. ¿Asilos y refugios?... Y entonces, ¿los que piden limosna por las calles?...

ANDR. El que más y el que menos ha dormido una vez en esos sitios. A tos les cazan un día u otro... Pero les largan la boleta en seguida, porque de otra manera serían demasiados a comer las caspicies de las mesas de juego.

MARIA. ¿Las caspicies?...

ANDR. Sí, las escurriduras.

MARIA. Y... ¿adónde va el dineral que se recauda?...

ANDR. ¡Baja a que te lo diga la sonámbula del segundo, porque yo no sabré contestarte! *(Pausa corta. Bebe un vaso de vino.)* Créete, Mariana, que ya los sesos me echan humo. ¡Ya no sé

qué empeñar! He ido a pedir prestado, y que si quieres... ¡Me quedan tres pesetas para toda la vida!...

MARIA. ¡Señor, Señor, qué paciencia se necesita!... ¿Y si fueses a ver a Marcela?...

ANDR. ¡Valiente pájara! ¿Sabes lo que me contestó el día que fuí a decirla lo del piso?... Que ella tenía sus obligaciones... Que no era sola a comerse el cocido. Que su esposo... *(Con retintín.)* lo quería todo para él... ¡Que no "habilla" ni cinco, así la pongan boca abajo!...

MARIA. ¡Qué desgracia la nuestra! ¡Tres hijos y ninguno pa echarnos una mano. ¡Si fuesen míos te aseguro que!...

ANDR. Lo de la Marcela me lo explico. Sea como sea, hasta que se ajuntó con ese hombre, algo nos ayudaba. Lo malo, créeme a mí, es lo de la pequeña. *(En tono más bajo.)* Esta mocita nos llevará a la ruina si sigue tan mochales...

MARIA. ¡Es tozuda como ella sola!...

ANDR. ¡Y muy mal educada!...

MARIA. ¡Demasiaos mimitos!...

ANDR. ¡Sobra de complacencias!...

MARIA. Pero ¿qué vas a hacerle si es una criatura?...

ANDR. ¿Que qué he de hacerle? Si ha perdido el respeto a su padre, que comprenda que todavía no ha crecío lo bastante para hacer su capricho. ¡Si me hubiera hecho caso; si te lo hubiere hecho a ti, que al fin y al cabo eres como su madre, no estaríamos en perpetua cuaresma y al borde del abismo! *(Pausa corta.)* ¡El señor Acebal es todo un caballero!...

MARIA. ¡Sí que es verdad! ¡Qué lástima!

ANDR. El señor Acebal la tendría hecha una reina. ¡Cuántos envidiarían su suerte!...

MARIA. No entiendo yo a esta chica.

ANDR. Yo sí la entiendo. Es una cursi desde los pies a la cabeza...

MARIA. Será una desgraciada.

ANDR. ¡Desgraciados tú y yo con una chica así!...

(Bebe un segundo vaso de vino.) ¡Qué vejez nos espera!...

MARIA. A ella siempre la queda el recurso de encontrar un marido.

ANDR. ¿Casarse? ¿Y con quién va a casarse? ¿Con un príncipe? ¿Con un conde de esos de las novelas?... ¡Que si quieres arroz, Catalina! ¡Bueno está el mundo pa pensar en bodorrios! ¿Quién es ella pa esperar que la saquen de pobre?... Casarse no es una solución. Es huír de la miseria en casa para encontrarla tan amarga en otro techo, al lado de un galán al que podría quererse si no pasasen hambre y si tuvieran pasta para pagar el piso y andar medio vestidos... *(Entra Isabel de la calle.)*

MARIA. ¡Calla! *(En voz baja.)*

ANDR. ¿Y por qué he de callarme? ¿Por qué no he de decirlo?

MARIA. ¡Dios mío!... ¡Nena!... ¡Isabel! *(Temerosa.)*

ISABEL. ¿Qué quiere, tía?

ANDR. ¿Y qué sabe tu madre lo que quiere? ¿De dónde vienes?...

ISABEL. ¿De dónde he de venir? De mi taller. *(Sorprendida.)* ¿Qué pasa?

ANDR. Nada; no pasa nada. ¿Vienes de trabajar?...

ISABEL. ¡Cambie usted el disco, padre!...

ANDR. Isabel, es preciso que hablemos. Hoy tienes que escucharme...

MARIA. *(Suplicante.)* No des gritos...

ISABEL. Pues ¿no le escucho siempre?...

ANDR. No, no me escuchas siempre. Y hoy tienes que escuchar cuatro palabras que tengo que decirte. ¿Es que no ven tus ojos lo que pasa? ¿Es que no me ves viejo sin que llegue la hora de...?

ISABEL. Tiempo hace que lo veo...

ANDR. Pues entonces... ¿qué piensas?...

ISABEL. ¡No le entiendo!...

ANDR. *(Con voz medio velada. Muy bajo.)* Mira, nena: hay cosas que no está bien que las proponga un padre. ¿Comprendes?... Eso de la honra de la familia ha sido siempre un gran

estorbo. Cuando una familia es pobre como la nuestra, la honradez sólo viene a aumentar los contratiempos. ¡Y tú padeces mucho de ese mal!... ¿Lo entiendes, chica?...

ISABEL. ¿Qué me quiere decir?...

ANDR. Que debieras haberme entendido y que si estás "in albis" ya no me entenderás. La cosa es clara.

MARIA. Tu pobre padre, que te quiere bien, deseaba hablarte del señor Acebal...

ISABEL. ¡Otra vez con el tema! *(Con angustia. Sin exaltarse.)*

ANDR. ¿Pero es tema el querer comer pan y hasta beber un poco? ¿Es que vamos a dejarnos morir todos juntos, ahí, en cualquier rincón, víctimas de un empacho de virtud familiar?... Si tu opinión es ésa, por mí, ¡tablas!...

ISABEL. Pero... ¿es que no trabajo?...

ANDR. ¡No digas tonterías! ¿Qué trabajas?...

MARIA. Hija, con lo que ganas no tienes ni pa ti, cuanti más para todos. ¿Y tus padres?...

ANDR. ¡Si vamos a escribir un folletín, avisas!... Pero conviene que me entiendas mejor. Aquí *(Accionando; indicando lugares.)* hay pucheros a la funerala, y aquí, gallinas bien gorditas, y en medio está el decoro. ¿Qué hacemos con esto del decoro? ¿Le saltamos o no? ¿Nos conviene la cacharrería? ¡Mira que la miseria no da treguas!... ¡Responde!... ¿No es mejor meter mano al gallinero?

MARIA. ¡Cree a tu padre! ¡Créeme a mí que te quiero como tu propia madre!...

ISABEL. ¡Trabajaré más!: ¡sin descanso desde el amanecer hasta la noche!... ¡Me afanaré!...

ANDR. ¡Te afanarás!... ¿En qué?... ¿En buscarte un marido? ¡No seas lila! Una peseta más en los jornales no resuelve el problema. ¡No dejes que te exploten, tonta! ¡Rebélate, como yo lo hice siempre!...

ISABEL. ¿Qué he de hacer?...

ANDR. ¡Creerme a mí!...

ISABEL. Me pedís demasiado. El señor Acebal no me gusta, me aburre...

ANDR. ¡La vérdiga! ¡Que no la gusta un hombre cargado de dinero; una buena persona que está por ti; que mil veces ha dicho que daría lo que fuera por hacerte dichosa!...

ISABEL. No me gusta por rico. No me gusta por viejo. No me gusta por...

ANDR. *(Rápido.)* ¡Calla, calla, ignorante! Cuando una mujer es una pobre como tú no tie derecho a repudiar a nadie y menos a quien tiene de aquí. *(Golpeándose la parte izquierda del pecho.)*

ISABEL. ¿Corazón, dice usté?

ANDR. ¡Digo cartera!...

MARIA. El señor Acebal es bueno...

ANDR. Te aburre por rico, te aburre por viejo y soportas a muchos Acebales de mucho peor entraña que te explotan exigiéndote que trabajes sin apenas descanso, a cambio de un puñao miserable de pesetas... ¿Es que eso no es venderte?...

ISABEL. ¿Trabajando?...

ANDR. ¡Estúpida! ¡Un trabajo que mata de cansancio y de hambre! ¡Sí que tienes talento! ¡El trabajo que a ti tanto te gusta y que tanto defiendes lo inventaron sus seis o siete vivos para engañar a media humanidad de idiotas! ¡Ya vas lista con esos cuentos chinos!

MARIA. ¡Piénsalo bien, hijita! ¡Sería tu felicidad y nuestro bienestar!...

ISABEL. ¿También el de usté... *(Con intención.)* madre?

ANDR. ¿Qué pretendes decir?

ISABEL. ¡Basta! ¡Ni una palabra más! Solamente pensarlo me repugna. ¡El señor Acebal es casado!

ANDR. ¡Mírala! ¡Doña Escrúpulos!

ISABEL. Si me dijeseis que me había de vender a un hombre rico, casándome sin cariño ninguno, por vosotros lo haría sin pararme a pensarlo. Pero entregarme a un viejo al que no quiero nada, casado como está ese señor y con familia, en jamás de la vida. ¡Primero!...

ANDR. *(Exaltándose.)* ¡Primero!, ¿qué?...

ISABEL. ¡Que me tiren ustés a la calle como a una pordiosera!

MARIA. ¡No digas esas cosas!

ANDR. ¡Pues bien; sea!... ¿Que primero te irías de esta casa? ¡No nos coge de nuevas! ¡Ya pasamos el trago cuando se fué tu hermana!...

MARIA. ¡Callar los dos! *(Pausa.)* El señor Acebal dijo que hoy volvería para arreglar lo del muchacho. Cuando venga procura hacerle mejor cara que otras veces...

ISABEL. No he nacido para mentir. No le quiero ver más. Cuando venga me esconderé.

ANDR. ¡Te guardarás de hacerlo!

ISABEL. ¡No quiero verle más!...

ANDR. ¡Tendrás que obedecerme!...

ISABEL. ¡Sólo verle me indigna!...

ANDR. ¡Y tú a mí de escucharte! Le verás y estarás a su lao, y dulce y cariñosa como nunca...

ISABEL. ¡No!

ANDR. ¡Yo te digo que sí!

ISABEL. ¡Y yo que nunca! Le diré que me molesta, que me ofende, que le odio, que no vuelva a esta casa...

ANDR. ¿Qué?...

ISABEL. *(Con rabia creciente.)* ¡Que no se ponga delante de mis ojos! ¡Le escupiría a la cara!

ANDR. ¿Qué dices?...

ISABEL. ¡Que la ahogaría, de rabia que la tengo! Le diré... *(Andrés se dirige a ella, la pone las manos en los hombros y mirándola fijamente la dice:)*

ANDR. Y yo te ahogaré a tí si no te callas.

ISABEL. ¡No le veré!

ANDR. ¡Le verás!

ISABEL. ¡No le hablaré!

ANDR. ¡Le hablarás!

ISABEL. ¡Ni una palabra!

ANDR. *(Golpeándola.)* ¡Le hablarás te digo si no quieres que te arranque la lengua!...

ISABEL. Máteme usté si quiere, pero nunca seré de ese

tío repugnante. *(Llaman a la puerta del segundo término derecha.)*

MARIA. ¡Dios mío, que llaman!... El señor Acebal...

ISABEL. ¡Le odio; le odio!...

ANDR. ¡Calla! ¡Calla te digo!

ISABEL. ¡Le aborrezco!

ANDR. ¡Calla! *(A Mariana.)* Espera, no abras todavía. *(Vuelven a llamar.)*

MARIA. ¡Isabel, por el amor de Dios, que está aquí mismo! *(En voz muy baja.)*

ISABEL. ¡Le diré quiénes sois, cómo sois, lo que me estáis haciendo!...

ANDR. *(Pegándola)* ¡Te mato! ¿Callarás de una vez?

ISABEL. ¡Mátame antes de verle!

ANDR. ¡Ay de tí, si pretendes marcharte! ¡Abre!... *(Abre Mariana. Entra el señor Acebal por la puerta de la calle.)*

MARIA. *(Disumulando.)* ¡El señor Acebal!

ERNES. ¿Qué dice esta familia?...

ANDR. ¡Caray! ¡El señor Acebal!

ERNES. ¿Qué tiene Isabelita?

MARIA. Rabietas de chiquilla, ¡velay!

ANDR. Siéntese; tome asiento, haga el favor.

ERNES. Nada de cumplimientos... ¿Qué te pasa, muchacha? ¡Cuéntame a mí tus cuitas! ¡Dime!

ANDR. ¡Bobadas!

ERNES. ¿Sabes que te traigo un obsequio? ¡Lo prometido es deuda! Te traigo un regalito que será de tu gusto; pero no te le doy todavía. Quiero que seas tú sola a contemplarlo.

ANDR. ¡Eso quiere decir que nosotros!...

ERNES. ¡No, no! ¡Caramba! ¡No se marchen, señores! ¡No faltaría otra cosa!... Pero... ¿qué le ocurre a la nena? Díganme, ¿qué le ocurre?...

MARIA. ¿Qué ha de pasarle a una mocosa? ¡Cucamonas de niña consentida; tontunas!...

ERNES. No olvidemos que muchas veces las tonterías de los jóvenes tienen más importancia de lo que parece... ¿La han regañado ustedes?... ¿Te han reñido, Isabel?...

ISABEL. No, señor... Es culpa mía.

ERNES. Me gusta que reconozcas la propia culpa, si crees tenerla. ¡No la reprendan mucho! ¡La tengo bien estudiada y comprendo que, en el fondo, es de una bondad extraordinaria! ¿Verdad, Bel, que eres muy buena chica?...

MARIA. Sí que es buena.

ANDR. *(Con rabia reprimida.)* ¡Contesta!...

ERNES. Pues claro que lo es.

ISABEL. *(Tímidamente.)* No, señor; no soy buena...

ERNES. Bueno; pues eres mala... No la contrariaremos.

ANDR. Oye tú, Mariana: ¿Me das el frasco para la botica?...

ERNES. ¿Hay enfermos?...

MARIA. ¡Para no variar!...

ANDR. El de siempre: el muchacho. El día menos pensado nos dará un gran disgusto. ¡Maldita sea! A la edad en que podría ayudarnos, hecho un guiñapo... ¡el pobre!...

ERNES. ¡Hay que tener paciencia! *(Mutis intencionado de Mariana y Andrés. Isabel está sentada en una silla con las manos en la cara. El señor Acebal la contempla y se acerca de puntillas.)* ¡Qué mal genio tenemos!... ¡Levanta la cabeza, mujer!... ¡Qué!... ¿No me dices nada?... ¡Arriba esos ojitos!... ¡Vamos, tonta!... ¿No sabes que te quiero?... *(A su lado; inclinándose sobre su hombro.)* ¿Quién te ha enfadado?... ¡Dilo!... ¡Vamos!... ¿Es que no vas a hablarme... ¡Bel!... ¡Isabel!... *(La besa. Ella se levanta súbito y se refugia en un rincón, los ojos fijos en el hombre, encogida.)* ¿Te disgusta?... ¿Te enoja?... ¿Vas a enfadarte porque te he besado?...

ISABEL. *(Grave; con cierta ira.)* ¡No lo intente jamás!

ERNES. ¿Nunca?

ISABEL. ¡Jamás, le he dicho!

ERNES. ¿Por qué, Isabel?... ¿No me quieres un poco? ¿Ni un poco tan siquiera?...

ISABEL. ¡No puedo!... ¡Es imposible!...

ERNES. ¡Isabel!... ¡Con lo que yo te adoro!...

ISABEL. Usté es casado... ¿Qué es lo que pretende? ¿Qué busca en esta casa?

ERNES. *(En tono amorosísimo.)* Bel, te quiero... te quiero... A ninguna ilusión puede compararse la que siento por tí... A ninguna, ni a nada... ¿Lo dudas, Isabel?... *(Acercándose.)*

ISABEL. ¡Lejos!... ¡No se me acerque! ¿Lo oye usté?... ¡Lejos! ¡Lejos!...

ERNES. No seas así, Isabel... ¡Mírame!... No soy un joven, ciertamente, pero tampoco un viejo... ¡Si quisieras!... Para tí sería, Bel, todo cuanto he ganado trabajando... Permíteme, Isabel, que abrigue una esperanza... ¡Quiéreme, que estoy falto de cariño!... ¡Que nunca he tropezado a quien querer!... ¡Te lo juro, pequeña! ¡Te lo juro!...

ISABEL. ¿Y no le da vergüenza hablarme de ese modo?

ERNES. ¡Si venzo esos escrúpulos comprenderás cómo es este cariño!... ¡Dime que sí, Isabel!... ¡No me rechaces! A mi lado serías muy feliz... ¡Feliz como una reina!... ¡Envidiada por todas las mujeres!... ¡Oyeme!... Yo era rico... Cuando la guerra, fueron bien los negocios, y hoy tengo—¡y para ti, Isabel, para ti todo!—muchos miles de duros... *(En este momento, y colocadas las figuras de modo que no le pueden ver, aparece Andrés, que se queda escuchando en el dintel de la puerta, vigilando la escena.)* Tendrás una casa magnífica. Y otra casa en el campo, que te regalaré para que la disfrutes de por vida... y en la que podrás, cuando yo me haya muerto, vivir con otro hombre, si alguno para entonces te enamora... si alguien tiene esa suerte que me niegas... Y te compraré joyas, muchas joyas... y vestidos, y pieles... sedas finas... y criados, y un auto que te sirva de estuche al salir de paseo...

ISABEL. *(En una explosión de ira.)* ¡Basta! Pero... ¿por quién me toma?... ¿Por qué he de ser yo suya?... ¿Es que me cree capaz de hacer lo que mi hermana?... ¡Se equivoca!... ¡Yo quiero ser

decente!... ¡Vale mucho mi honra!... ¡Más que el dinero!... ¡Más que todo en el mundo!... ¡Largo!... ¡Afuera!... ¡No me manche con esas porquerías!... *(Andrés, sin poder contenerse, sufre un acceso de tos y sale, mirando con rabia a la pobre Isabel, que, temblorosa y balbuciente, dice:)* ¡Per...done!... ¡Es...cuche! *(A don Ernesto. Cruza el padre la escena lentamente, poniéndose la gorra, y sale por la puerta del foro. El señor Acebal ha comprendido la mudanza y contribuye al disimulo en cuanto le es posible. Cuando Andrés ha cerrado la puerta continúa:)*

ERNES. ¿Qué te pasa, Isabel? ¡No tiembles! *(Ella vuelve a caer en la silla inerte y encogida. Con los codos sobre la mesa y la cabeza sobre los brazos dice:)*

ISABEL. ¡Madre mía de mi alma! ¡Todos son a quererme y todos a buscar mi perdición!...

ERNES. *(Dolorido por estas palabras.)* Porque te quiero, no es mi ánimo causarte la pena más liviana... Eres demasiado chiquilla para que te des cuenta... Si algún día reflexionas, si quieres escucharme, yo siempre será el mismo... mi voluntad siempre la misma... Toda la vida la he pasado encadenado a mi trabajo... Mi almacén es mi cárcel... Mi casa, un hervidero de egoísmos... Y si así viví siempre..., ¿por qué no he de acabar así mi vida?... *(Esto lo dice en monólogo consigo mismo.)* ¡Hasta nunca, Isabel! ¡Perdón!... ¡Te lo suplico!... ¡Perdóname!... Te había traído un regalo... ¡Nada!... Sin importancia... Un brillante pequeño, pequeñito, pero claro como una estrella... Tan claro y transparente como esa gota de agua que ahora rueda por tu cara de virgen dolorosa por mi ciega torpeza indisculpable... ¿Lo quieres, Isabel?... *(Pausa.)* ¿Lo quieres?... *(Isabel levanta la cabeza. Su cara se ilumina un instante. La duda es rapidísima. Vuelve a esconder la cara entre los brazos y susurra:)*

ISABEL. ¡No, no lo quiero!...

ERNES. ¡Perdóname!... ¿Lo quieres?... ¡Será un recuerdo de tu firmeza de carácter, no una prenda de amor!... ¡Tómalo!... ¡Ten!... ¡Acéptalo! *(Lo deja sobre la mesa cerca de ella. Y hace mutis, mirándola, por la puerta del piso. Cuando él ha salido se levanta Isabel y toma entre curiosa y asustada el estuche. Lo abre y mira un instante; pero reacciona y lo arroja al suelo, rompiendo en un sollozo.)*

ISABEL. ¡Ayúdame tú! ¡Ampárame! ¡No me dejes caer! *(Saca del pecho y besa repetidamente un medallón que lleva al cuello pendiente de una cadenita. Entra Mariana, que queda sorprendida de la escena. Después, Andrés por la puerta del piso.)*

MARIA. ¡Miren la niña boba! ¡Amoríos de novela!... ¿No?... ¡Algún niño bonito!... ¿No?... ¡Ven acá!... ¡Aguarda!... ¡Mira!...

ISABEL. *(Sorprendida.)* ¡Eh! ¿Qué dice?... *(Vuelve con premura a ocultar el retrato.)*

MARIA. ¡Enseña, enseña esa monada!...

ANDR. ¿Qué?... ¿Qué es eso que guardas?...

ISABEL. Nada. Nada de lo que ustedes imaginan. Nada que les importe.

MARIA. La he cazado besuqueando como una loca un retrato que se esconde en el pecho.

ANDR. ¡Lo que yo calculaba!... ¡Si no podía ser otra cosa! ¡Si esto ya estaba visto! *(Imperativo.)* ¡Venga aquí ese retrato, en seguida!...

ISABEL. Le juro, padre, que no es nada de novios... ¡Déjenme en paz!

MARIA. Hazla que te lo enseñe.

ANDR. Venga aquí eso ahora mismo. Vamos a ver tu gusto. A ver qué pinta tiene tu Tenorio.

ISABEL. ¡No, padre!

ANDR. O me lo entregas o seré yo mismo quien... *(Dirigiéndose a ella.)*

MARIA. ¡Así, así!...

ANDR. ¡Ahora veremos!...

ISABEL. ¡Madre! *(Andrés, ayudado por Mariana, sujeta a Isabel y la arranca el medallón.)*

ISABEL. ¡Es mi madre! *(Queda Andrés en suspenso. Mariana, dudando, coge con temblorosas manos el medallón que contempla el padre y, al comprobar que no miente Isabel, le arroja con desprecio sobre la mesa.)*

ANDR. ¡Esta chica es idiota! ¡Pse!

MARIA. ¡Acabará por quemarnos la sangre!

ANDR. Como hay Dios que con estas manías me llevará al sepulcro.

MARIA. ¡Su madre! ¿A santo de qué el retrato de tu madre?... ¿Soy yo mala contigo?... *(Las últimas palabras las pronuncian Andrés y Mariana cuando inician el mutis por la lateral primera izquierda. Isabel, llorando, se sienta en una silla del mismo costado.)*

ANDR. ¡Déjala estar!... Si es loca, que la encierren... *(Mutis. Sale Alfredo.)*

ALFRE. ¡Muchacha!... Si no cambias, liquidarás por defunción. Las regaderas a tu lado son objetos de pura fantasía. Diez días que llevo en casa, diez días de rocío sentimental... ¡Arriba, chica, arriba!... ¡A ti, Prim, que eres joven!... ¡Si fueras como yo!... *(Viendo que no responde.)* ¡Ah! ¿Pero también conmigo estás de morros? ¡Pues alivia, galana! Sonsoniche y a otra... "Ni una mote de plus"... *(Isabel hace mutis segundo término.)* ¿Te largas?... ¡Importancia que das a la familia! *(Viendo el estuche en tierra.)* ¿Qué es esto? *(Recogiéndolo.)* ¡Bah! Rico culo de vaso. *(Sorprendido.)* ¡Naranjas!... Fetén y bien fetén. *(Mirando a derecha e izquierda.)* Pero fetén del todo... Mucho mejor que yo... ¿Cómo estará aquí esto?... Si lo entiendo, que me aspen... ¡Un brillante aquí, en casa, entre esta buena gente!... Lo habrán tirao por la ventana. ¡Y ya lo creo que es bueno! ¡Dos mil pesetas a la vista!... *(Reflexionando.)* ¡Pára la jaca! *(Se lo guarda en un bolsillo.)* ¡Que no le dé la luz!... Aquí un brillante

y en la cocina... *(Indicando que no hay qué comer.)* Isabel hecha una Magdalena... Los pajaritos cantan... Las nubes se levantan... Bueno... Ruede la bola... Como en las películas de serie... "El gavilán y la paloma". ¡Se progresa, se vive!... *(Entra Marcela. Es una muchacha descarada, como de veintitantos años, que en la pinta y el porte acusa que se entrega al comercio del cuerpo. Ostenta un gran portamonedas y sobre el pecho y en las manos alhajas "similor" de detonante gusto.)*

MARC. ¡Qué!... ¿No hay nadie?...

ALFRE. Creo que sí.

MARC. ¿También está la santa?...

ALFRE. ¡Preguntas por la santa? Mira por dónde viene. *(Sale Isabel.)*

MARC. Hola, peque.

ISABEL. ¡Hola!

ALFRE. ¡Ahí os quedáis, preciosas!... *(Sale por la puerta del piso.)*

MARC. ¿Has llorao?...

ISABEL. No.

MARC. ¡Nanai, qué rica!... ¿Conque no? Tú te has dao un hartón. ¿Qué te ha pasao?...

ISABEL. ¡Nada... que estoy nerviosa!...

MARC. ¡Mira!... ¡La buena moza!... Con qué descaro miente... ¡Será cosa de padre!

ISABEL. No.

MARC. ¡A otro can con el hueso! ¡No camelo de historias!... ¡Si aquí no se pue estar! ¡Si esto es peor que la galera!... ¡Y tú tienes la culpa!... ¡Eres una chavala, y te vas pareciendo a la madrastra!... ¡Das asquito!... ¡Qué pena!...

ISABEL. Me da igual.

MARC. Pues lo siento por la pampirolé. A tu edad, una chica, si no presume, que la medicinen. Es cuestión de principios... ¡Flaco avío que nos hizo nuestra madre con querer educarnos para monjas! Si yo no me sacudo a tiempo las enaguas y piro afuera, me estaría pudriendo en la cocina, junto al cajón de la basura... ¡Y poco que

reían cuando abrí ese cerrojo!... ¡Adónde va esa mosca!...

ISABEL. ¿Has padecido mucho?... *(Con interés.)*

MARC. ¡Mucho!... Pero más te prometo si te quedas. De aquí *(Enseñando las piernas.)*, algodón, y por aquí *(Señalando el cuerpo.)*, la lana bien batida. *(Acción de pegar.)* Y la seda es más propia de mujeres... ¿Te gustan estas medias? *(Vuelve a enseñárselas.)* Cuatro duritos me han costado. Son de lo mejorcito.

ISABEL. ¡Veinte pesetas!... ¡Lo que yo gano en toda la semana!

MARC. ¡Para que veas! ¿Cuánto sacas ahora?

ISABEL. Eso: de ochenta a cien reales.

MARC. Sí, como las buenas en el mundo. En "La esposa mártir" hay un capítulo que dice que las mujeres tienen dos caminos: el de la honra o el de las medias de este precio. En el primero espera la Cuaresma, el ayuno, el drama de familia—de la mucha familia, y toda desgraciada—, el servir al rey, las enfermedades, el frío, el sueño y la carpanta. Cuando se llega a viejo, el cuerpo está hecho harina; pero el alma va al cielo más lista que un cohete. El otro camino, el de las medias caras, está alfombrado a trozos. Hay músicos con casaca encarnada que tocan valses y foxtrotes; y llueven billetes de banco, y zapatos como éstos *(Mostrándolos.)*, y sombreros, y plumas y de todo. Como puedes ver, éste es el buen camino; ahora, que cuando estás arriba, cuando se llega al fin, si el cuerpo pudo aguantar tanta delicia, dicen que el alma es un guiñapo que no hay quien lo remiende y menos quien lo limpie; que la perdición es segura...

ISABEL. ¡Y ahora lo ves! *(Reconviniéndola.)*

MARC. ¡Pues claro!... Pero como siempre he creído que una cosa es una misma, este cuerpo, y otra el alma que llevamos no sabemos en dónde, me pareció mejor no ocuparme del alma en

lo que el cuerpo no me dijese ¡para!... ¡Y, la verdá, hasta ahora!...

ISABEL. ¡Marcela!...

MARC. ¡Me llamo! ¡Aúpa, muchacha! ¡Anímate, chica!... Ponte unas flores en el pelo... Sal al balcón...

ISABEL. ¡Y llama a los que pasan! ¿Verdad, Marcela?...

MARC. ¡Y guiña a los que pasan!... ¡Has nacido para aguantar gazuza, y lo estás consiguiendo!... ¿Dónde está padre?...

ISABEL. Dentro.

MARC. ¡Voy a darle el vermú!... *(Mutis izquierda. Entra Paco por la puerta del piso.)*

PACO. ¿Estorbo, prima?...

ISABEL. No, Paco; a mí, no...

PACO. ¿Sabes, primita, que tenemos que hablar?

ISABEL. ¿Tú y yo?

PACO. Tú y yo; yo y tú... No sé si te has fijao en que éstos *(Por los ojos.)* te persiguen a todas las horas. No sé si te percatas de que tartamudeo cuando estoy a tu lado. No sé si comprendes que me tienes en vilo. Hace ya mucho tiempo que quiero hablar contigo cuatro cosas bien dichas, y, cuando estoy a punto, se presenta un pelmazo y chafa la combina. Ahora, que estamos aquí solos, te las voy a largar... Yo... *(Sale Andrés. Isabel y Paco se quedan parados. Pausa.)*

ANDR. Continúe el orador.

PACO. ¿Viene usté a resumir los discursos?...

ANDR. Use de la palabra el mitinista.

PACO. Pero... ¿decía yo algo?... ¿Verdad que no, Isabel?...

ISABEL. Nada.

ANDR. Pues si no dices nada, ¿qué haces? ¿Silbas?... Y tú, Isabel, ¿qué haces aquí, sentada?... ¡Largo, adentro!... *(Mutis Isabel.)*

ANDR. Y escucha tú, pimpollo. Aquí, a esta casa, si puede ser, procura no acercarte. ¿Está claro?...

PACO. Como la luz; pero yo no lo entiendo.

ANDR. Y si te digo que no vuelvas nunca, ¿lo enten-

derás? *(Paco afirma con la cabeza.)* Pues dicho queda. Las explicaciones, al sereno.

PACO. Yo no le pido explicaciones porque es usté el hermano de mi padre. De otro modo, veríamos. A mí no me pone en vergüenza ni el mismísimo...

ANDR. Pero yo sí. Y te añado otra cosa. Ahora te digo que si otro día te cazo dando coba a Isabel habrá su melodrama. *(Acción de pegar.)*

PACO. ¡Mejor sainete!...

ANDR. O zarzuela, con su buena batuta.

PACO. No canto.

ANDR. Pero bailas, charrán. Que si no fuera por mancharme la mano en tus narices, ahora mismo probábamos la solfa. ¡De paseo a la del rey, so granuja!

PACO. Los derechos de tránsito son gratis; guárdese su permiso. Le vale el parentesco... A mí nadie se ha atrevido a decirme eso que usté me dice.

ANDR. ¡Hale! A pispar carteras a la calle, y déjanos tranquilos. *(Se dirige, amenazador, hacia él.)*

PACO. Valdrá más que me marche. ¡So...!

ANDR. ¿Qué...?

PACO. ¡Salga, salga conmigo!... *(Entra Alfredo de la calle. Paco hace mutis. Andrés va a perseguirle, pero se detiene al topar con su hijo.)*

ALFRE. ¿Adónde van?... ¿Qué pasa?...

ANDR. ¡Déjame!

ALFRE. Pero... ¿qué va usté a hacer? ¿Ha habido bronca?... ¡Paciencia, y barajar!...

ANDR. Es que ese golfo está pidiendo que se le escarmiente.

ALFRE. ¡Son tantos a pedirlo!...

ANDR. Y no me da la gana que entretenga a Isabel... No está la chicha para... devaneos...

ALFRE. ¿Isabel?... ¡Que le frían a usté un despertador!... *(Paco hace mutis primera izquierda.)*

ANDR. ¿Qué me quieres decir?... *(Entran Mariana y Marcela.)*

MARIA. Escucha lo que dice Marcela: que no nos puede dejar nada.
ANDR. No: ya sé que tiene sus obligaciones.
MARC. Háganse cargo.
ANDR. Quita el disco... A última hora, el culpable soy yo. Acostumbrado a que lloviesen duros, en cuanto se serena y no caen cuatro gotas, a entregarla se ha dicho...
MARC. ¿Y si le pidieseis prestado a la vecina?... Puede que ella quisiese... La señá Ursula es buena.
ANDR. ¿Esa rata de iglesia?... ¡Ni a los curas les suelta un cuproníquel!
MARC. ¡Tan rica como es!
MARIA. ¡Y tanto!
MARC. ¡Callaros, que aquí viene! *(Entra la señá Ursula. Es una vieja de unos sesenta años. Viste de negro. Olor a incienso. Libro de misa. Rosario en la muñeca.)*
ANDR. ¡Chist!...
URSU. Santas y buenas noches.
MARIA. ¡Hola, señora Ursula!
URSU. ¿Está usté bien, Marcela?
MARC. Vamos tirando; gracias. *(Con cierta sequedad.)*
MARIA. Pase, pase, señora. No se quede usté ahí...
URSU. No me puedo entretener mucho, porque he dejado abierta la puerta de mi cuarto. Ha de subir la nena. *(Dice esto, mientras va entrando, acompañada por Mariana, por la lateral primera izquierda.)*
MARC. Se me atraganta a mí esta bruja. Tanta misa, tanta misa, y su hija, trotacalles, lo mismito que yo.
ANDR. Y pocha de billetes, y el puño así, cerrao. *(Accionándolo.)*
MARC. ¡Unos tanto y otros tan poco!
ANDR. ¡Y que puedes decirlo!
MARC. Bueno... Yo me las guillo. Y ya sabéis que hasta dentro de un par de semanas no contéis para nada conmigo.
ANDR. Adiós, Marcela. *(Acompañándola a la puerta.)* Haz todo lo que puedas. Lo necesito más que

nunca... *(Desaparece un momento de la escena, como si estuviera acompañándola hasta el rellano. Vuelve rápidamente y se para a escuchar en la puerta por donde desaparecieron Ursula y Mariana. Después, desde el centro de la estancia, mira hacia la puerta de la calle y queda un momento en duda. Pero, con un gesto de decisión, hace mutis rápidamente hacia la escalera. Ha concebido la idea de entrar en el piso de la señora Ursula para robarla. La escena queda un momento abandonada. Ha oscurecido. Salen Mariana y Ursula, y ésta hace mutis por la puerta del piso.)*

URSU. ¡No se moleste!... ¡Vaya!... ¡Vaya!...

MARIA. Hasta mañana, señá Ursula. *(Mariana vuelve al interior por donde había salido. Un segundo después entra Andrés, presa de visible turbación. Sujeta una caja pequeña, sobre el pecho, con ambas manos. Cierra precipitadamente la puerta del piso, como si temiese ser sorprendido. En este momento, Isabel por el segundo término izquierda. Dentro se oye la voz de la señora Ursula, que grita:)*

URSU. ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Auxilio! ¡Me han robado! ¡Ladrones!... *(Isabel, sorprendida, y viendo a su padre en actitud sospechosa, desde la puerta de su habitación.)*

ISABEL. ¡Padre!... ¿Qué ha hecho usté, padre?... *(Al viejo se le cae la caja, y ruedan por el suelo alhajas y monedas.)*

ANDR. ¡Pst! ¡Calla! ¡Calla! ¡Tú, tu tienes la culpa!... *(Con el índice sobre la boca, indicando silencio, levanta la cabeza. Siguen fuera los gritos de la señora Ursula.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

Gran "hall" de un hotelito en los suburbios de la ciudad. Magníficamente decorado. Al fondo, puerta que da acceso a una terraza que se supone atalaya un jardín. Mobiliario lujoso. Puertas a derecha e izquierda. La segunda izquierda, corresponde al dormitorio de Isabel. Es éste el hotelito que el señor Acebal prometiera a Isabel en el acto primero. Esto quiere decir que la joven ha cambiado de vida. Al presente—medio año después de las escenas del primer acto—, Isabel, un tanto resignada, dolorida en lo más hondo por el mal paso que las circunstancias la obligaron a dar, se mueve con desenvoltura y sencillez en el ambiente nuevo. Es de día.

(Adelita y Rafaela, precedidas por la Criada, entran por la puerta del fondo. Son dos modistillas. Portan una gran caja charolada de las de entregar, en el oficio.)

CRIA. ¿A quién anuncio?...

ADEL. ¿Cómo?...

RAFA. ¿Qué quiere decir?...

CRIA. ¿Quién digo que está?

ADEL. ¡Ah... Dígala que han venido a verla Adela y Rafaelita.

RAFA. Sí; sus amigas... ¿sabe?

CRIA. ¡Caramba!... ¿Son ustedes amigas de la señorita Isabel?...

ADEL. ¡Ya lo creo!... ¡Pues no hace poco tiempo!...

CRIA. ¡Qué alegría la dará! *(Mutis segunda izquierda.)*

ADEL. ¡Chiquilla!... ¡Qué bonito!...

RAFA. ¡Si parece una casa de cine!

ADEL. ¡Qué gusto, si me caso, andar por una sala parecida!

RAFA. ¡No sueñes!

ADEL. Pues Isabel la tiene y sin estar casada.

RAFA. Se pierde menos tiempo que pasando por la Vicaría.

ADEL. ¡Bueno!... ¡La cuestión es tenerla!...

RAFA. Nosotras nos la podemos pintar.

ADEL. ¡Vaya suerte!... Ya ves; con lo mal que Isabel lo pasaba.

RAMA. Si yo tuviese un hotel así, me pasearía por las alfombras arrastrando una cola larga, como las de las tiples de las óperas, abanicándome de esta manera *(Imitando caricaturescamente las maneras de una gran señora.)*. Y cuando me vinieran a visitar los condes y los marqueses, les saludaría: "¿Cómo está usted, señora marquesa?... ¡Beso a usted la mano, caballero!... ¡Caramba!, ¡qué alegría! ¡Les estábamos aguardando para tomar el te!"... *(Adelita, como su amiga, hace genuflexiones, y así las sorprende Isabel. Las tres ríen la inocencia de la farsa.)*

ADEL. ¡Oh!... ¡Callad, noble dama!...

ISABEL. ¡Bien!... ¡Muy bien!... ¡Parecéis dos marquesas de verdad!

ADEL. ¡Isabel!...

RAFA. ¡Belita!...

ISABEL. ¡Adela, Rafaelita!... ¡Qué alegría tengo! ¡Y de verdad; no de comedia, como la que estábais haciendo!...

ADEL. ¡Chica, qué guapa estás!

RAFA. Te hemos venido a ver...

ADEL. ¡Teníamos unas ganas!...

ISABEL. ¿De veras?...

ADEL. Nos mandó la maestra a llevar este encargo a diez pasos de aquí, y fuí y le dije a ésta: ¿Y si entrásemos a ver a Belita?...

RAFA. Y cómo yo rabiaba por lo mismo, pues aquí nos colamos...

ISABEL. ¡A ver si luego os riñe la "madame"!

ADEL. ¡Bah!... La diremos que hicimos antesala... Es un vestido de novia para una americana más feucha... ¡Lástima de vestido!...

RAFA. ¡Tú si que estarías guapa con el velo y el traje y... las flores!...

ISABEL. ¿Y Carmina? ¿Y Mercedes? ¿Y las aprendizas?... ¿Qué hacen?... ¡Contarme cosas!...

ADEL. ¿Cosas?... ¡Ah! ¿Sabes?... Mercedes regañó

con el chocolatero. En casa de él no la querían.

RAFA. Pero no fué por eso. La contaron a ella que el tal era un juerguista, punto de "cabaret" y aficionado al "pimplen" *(Acción de beber.)* y al tuesten *(Idem de bailar.)*.

ADEL. ¡Ah! ¡Ah!... A la Carmita le ha salido una verruga en la mismísima nariz, y está que quita el hipo... ¡Fíjate, con aquello!... ¡Un dedo de la mano daría por que se la quitasen!... ¡Pero cada vez es más grande!... ¡Hasta echarse las cartas, he probado de todo!...

ISABEL. Y de ti y de tu novio, ¿qué me cuentas?...

ADEL. ¡Corramos una manta de Palencia!... P'atrás, como el cangrejo... ¡Le gustan todas al doncel! El otro día se lo espeté bien claro: "Si cuando vas conmigo te timas con las otras, más vale que acabemos."

ISABEL. ¿Y tú, Rafaela?

RAFA. Yo, ya sabes... Con el alquila levantado.

ISABEL. ¿Todavía?...

RAFA. Camino de "per séculam". No me fío de los hombres. ¡Bastante he visto en casa con mi hermana!...

ISABEL. Dar recuerdos a todas, de mi parte. Y besos a Antoñita, la pobre; y a todas, a todas...

RAFA. ¡Oh! ¡No diremos que estuvimos aquí!...

ISABEL. ¿No?... ¿Por qué?...

ADEL. Porque nos reñirían... ¡Menudo cotilleo!... Cuando tú te marchaste de casa... ¡se armó una!...

ISABEL. ¡Ah! ¿Si?... ¿Me sacaron las tiras de pellejo?...

RAFA. No... *(Dudando.)* Tanto como las tiras... *(Pausa corta.)* Pero las criticonas nunca faltan.

ISABEL. Pero mis amigas supongo que no serán de ésas. Todas conocían mi carácter y mi manera de pensar...

ADEL. ¡Las amigas! ¡Las amigas! ¿Te fías tú de ninguna?...

ISABEL. ¿Y qué podrían decir?... ¿Es que no había sufrido lo bastante?...

RAFA. Sí... pero ya tú ves... ¡Hasta cosas que parecen mentira!...

ISABEL. ¡Dios mío!... Decidlo todo, todo; lo que se hablaba, lo que se calumniaba... ¡Os lo pido por lo que más queráis!

ADEL. ¡Infamias!... Que si eras una mosquita muerta; que tantos aspavientos, tanto presumir de honradez, para salir a última hora lo mismo que tu hermana.

RAFA. La maestra, sobre todo... ¡Oh!... Hasta llegó a decir que hacía ya mucho tiempo que tú andabas con... ese señor de edad, porque, con lo que tú ganabas en el taller, era imposible que en tu casa se pudiera vivir.

ISABEL. *(Con gran indignación.)* ¡La malvada!... ¡Ninguna con más razón que ella, que me explotaba inicuamente, podía decir tal cosa!...

RAFA. No te pongas así. ¡Estaría bueno que hubiéramos venido para hacerte llorar!...

ISABEL. Vosotras no podéis comprende mi indignación... Vuestras risas ahogaban mis sollozos. Más de un año resistí las tentaciones, el empellón de todos, de mi padre, de mi madrastra, de mis hermanos, del hambre y la miseria. ¡Y sola, siempre sola! ¡Como en pleno desierto y entre fieras!...

ADEL. ¡Pobre Isabel!... ¡No lo pienses, Belita!..

ISABEL. ¡Que no lo piense, dices! *(Pausa.)*

RAFA. ¿Y... tu... padre?...

ADEL. ¡Mira ésta! *(Riñéndola.)*

ISABEL. ¿También lo sabéis?... ¡Soy una desgraciada!... *(Llora.)*

ADEL. ¡No llores, Isabel! Y no te extrañe que se sepa. Las malas noticias corren mucho. ¡Por lo de tu padre, un día nos peleamos con Jacinta!

ISABEL. ¡También Jacinta!...

RAFA. ¡Todas, Isabel, todas!... ¡Son unas malas lenguas!...

ADEL. ¿Tú sabes la que armaron con el robo?...

ISABEL. Me parece increíble. Por él, para sacarle de la cárcel, más que por otra cosa, me decidí a este paso...
RAFA. ¡Muy requetebién hecho!
ADEL. ¡Sí, chica, sí!... No entiendo de estas cosas, sabes; pero comprendo que nuestra honra no sirve más que... para ser honradas...
RAFA. ¡Eso!
ISABEL. Adela, Rafaelita, amigas mías; os aprecio; sois buenas, tan buenas como yo lo era antes...
ADEL. ¡Tú lo eras más!
ISABEL. ¡Decir a mis amigas que no hablen mal de mí; que me compadezcan, si pueden!...
ADEL. ¿Compadecerte? No. ¿Por qué? *(Pausa.)* ¡Vamos, vamos!... No te entristezcas... ¡Seca esos ojos, chica!... ¡Penas al viento!...
ISABEL. ¿Qué dices, nena?...
ADEL. Que tú estás ahora aquí como una reina; que cuanto pides, tienes...
RAFA. ¿Tienes muchos vestidos, Isabel?...
ISABEL. ¡Cuidado que sois niñas!
RAFA. Enséñanoslos... ¿Quieres?
ISABEL. Otro día que vengáis... Ahora os entretendría.
ADEL. *(Volviendo a la realidad.)* ¡Ay, sí!... Debe ser muy tarde...
RAFA. ¿Qué hora es?...
ISABEL. Muy cerca de las cinco.
ADEL. ¡Arrea, tú, que nos regañarán!
RAFA. ¡Arza! ¡Cómo se pasa el tiempo!
ADEL. ¡Adiós, Isabel! ¡Adiós, lucero! *(La besa.)*
ISABEL. Adiós, querida...
RAFA. ¡Adiós, Isabelita! Otro día volveremos. *(Ambas la zarandean, la abrazan y la besan.)*
ADEL. ¡Adiós!
RAFA. ¡Adiós!
ISABEL. *(Viéndolas partir.)* ¡Adiós, locuelas! ¡A ver cuándo volvéis! *(Sale Alfredo fumándose un veguero imponente, con una faja que es un cartel mural. Va mejor de indumentaria que en*

el acto primero. Y su aspecto es de hombre satisfecho de la vida.)

ALFRE. ¡Salud, hermana!... ¿Qué?... ¿No te encuentras bien?...

ISABEL. Regular... ¡Déjame!

ALFRE. ¡Caramba!... ¡Nadie diría que nos cortaron por el mismo patrón! *(Isabel se sienta en la "chaise-longue" que estará colocada en la izquierda de la escena. Alfredo, con aires de preceptor o de consejero, se pasea ufano por delante de ella, sin mirarla, y después se arrellana en un sillón, a la derecha, medio de espaldas a su hermana, para facilitar el juego escénico de seguir hablando cuando Isabel, fatigada y molesta por las tonterías del preopinante, hace rato que se marchó.)* Mira, Bel... Ya sabes que de toda la familia eres tú la única que me inspira cariño. Nuestro padre es el hombre más interesado que conocí en la vida. La madrastra, si no se ha muerto ya del tifus, es porque no hay justicia; y si yo no la he estrangulado, es porque para eso, sí hay justicia... Marcela es como si no fuese de la casa... Tú eres la única a la que se puede querer... ¡Alábate si te parece!... Y me sabe mal que te acoquines... te lo juro... La vida es como un baile de máscaras perpetuo. Nada más divertido bajo la capa del cielo que eso que podríamos llamar la gran "kermesse" de la Naturaleza... *(Se marcha Isabel.)* Los pájaros son los clarinetes y los flautines maravillosos de esa gran orquesta, a cuyos sones baila todo bicho viviente. La tierra, ahora, en primavera, es la espléndida alfombra de la sala de baile. Los ricos, hartos de pavi-pollo y Macharnudo, se repantigan en los palcos para gozar del espectáculo. La clase media tiene justas las sillas para no estar de pie. La juventud hace rueda en el centro de la sala, bajo la gran araña. Tienen reservado las autoridades el proscenio, casi siempre vacío, que

ocupan, muchas veces, los frescos, que ni siquiera pagaron la entrada, lo que pagamos todos. No falta el bastonero, con su pertiga, siempre propicio a meter en cintura a los desgraciados que quisieran bailar y no los dejan. Son éstos la clase proletaria, condenada a aguantar empellones de todos los danzantes... El hombre de la pértiga te puedes suponer quién es. No sé si quieres entenderme... En fin, existen los que bailan y se divierten... o se lo figuran. *(Suena la campana de la verja del hotel.)* Si tú no quieres ser de los que bailan, me parece que el palco, para estar a tu gusto, nadie te lo disputa. No sé por qué has de tener ahora el mismo gesto displicente que cuando andabas en chancletas. *(Pasa la Criada de derecha a izquierda y se detiene un momento en el centro de la escena, al escuchar el monólogo de Alberto; pero, en seguida, sigue su camino. El continúa.)* ¡Ahora ya nos hemos emancipao!...

CRIA. ¿Cómo?... *(Volviéndose a él.)*

ALFRE. ¡No es por ti!... *(Mutis la Criada.)* Ahora, no es como antes... ¡Se acabó la miseria!... *(Advirtiendo su soledad.)* ¡Pero... calla!... ¡Tan elocuente que me salía el disco!... ¡Ah!... Pero yo se lo planto... *(Mutis izquierda. Entra por el foro la Criada acompañando a Marcela, que va más pulcra y pulida que en el acto primero.)*

CRIA. ¿Dice usté que es su hermana?...

MARC. Me choca que la choque!...

CRIA. ¡No, señora, no! Yo no tengo derecho a que nada me choque.

MARC. ¡Como se lo he tenido que decir tres veces!...

CRIA. Perdone. Es mi obligación informarme de las personas que llaman a la puerta.

MARC. ¡Ah! ¡Vamos!... ¡Y yo tengo una cara sospechosa!...

CRIA. No digo eso, señora... Siéntese. Haga el favor mientras paso el recado. *(Mutis.)*

MARC. ¡Hija, cuántas pamplinas! ¡Ni que mi hermana fuese alguien! ¡Cuando yo digo!... *(Sale Alfredo, dándose pisto y no creyendo que la que está sentada en la mecedora sea su propia hermana, la saluda ceremoniosamente y se dispone a seguir su camino, con afectación exagerada.)*

ALFRE. ¡Señora!

MARC. ¡Tú, papanatas! ¡Mira el otro!

ALFRE. ¡Ah! ¿Eres tú?

MARC. ¡Yo, sí! ¡Yo misma! Lo que no sé es si tú eres el mismo. Igual se vuelve uno tonto de comer mucho como de pasar hambre. ¡Estás desconocido!...

ALFRE. ¡Se vive en la opulencia!

MARC. ¿Dónde anda ésa?

ALFRE. ¿Quién?

MARC. Isabel.

ALFRE. ¡Ah! No lo sé. También la estoy buscando. Mírala, de allí viene...

(Sale Isabel segunda derecha.)

ISABEL. ¡Hola, Marcela! ¡Ya era hora! *(La da un beso.)*

MARC. Pues parece que me he adelantado, porque me has dao un plantón y por poco no me dejan entrar.

ALFRE. ¡No te extrañe! ¡Ahora lo tenemos todo montado de otro modo!

MARC. Pues a mí no me gusta esperar, porque se hace uno viejo.

ISABEL. ¡Pero, mujer! ¡Si la criada no te conocía! Verás cómo en adelante ya no vuelve a ocurrir.

ALFRE. Las buenas formas nunca están de más.

MARC. Estas son las buenas formas que se llevan ahora. *(Se golpea con las manos los muslos.)*

ALFRE. ¡No hay quien te civilice!

(Mutis.)

ISABEL. ¡Bien! ¡Basta! ¡No se hable más!... ¿Te gusta mi casa?...

MARC. ¡Veré, si me la enseñas!

ISABEL. *(Con cierto recelo.)* ¡Parece un sueño! ¿No es verdad, Marcela?...

MARC. ¡El sueño de una noche de verano! *(Mirando y remirando el mobiliario y los objetos.)* ¡Hija, estás desconocida!... ¡Y yo que te quería dar lecciones!... Si me descuido, me las das tú a mí.

ISABEL. ¿Qué quieres decir?...

MARC. Que ahora puedes andar sin andadores...

ISABEL. ¡Marcela!

MARC. ¡Y qué callao te lo tenías!...

ISABEL. ¿Callado?... ¿Qué?...

MARC. ¡Nada!... ¡Nada!...

ISABEL. Pero... ¿crees tú que todo esto me lo he buscado yo; que yo lo deseaba?

MARC. ¡Tú dirás! ¿O es que llueven del cielo las ricas gangas?... Una mujer no las consigue así, de rositas... Los que parecemos más listos nos la atamos al dedo como tontos...

ISABEL. ¿Por qué me dices eso? ¡Tú también eres injusta conmigo! ¡Te equivocas, Marcela!...

MARC. ¡Bueno! ¡Bueno!... No te creas que me apena. ¿Lo hiciste?... ¡Al avío!... Recuerda lo que te dije un día: en el mundo no hay más que dos caminos. Tú has escogido el mismito que yo. Ahora que tú andas en automóvil, y yo, que me las daba de maestra, por ahora voy a pata.

ISABEL. ¡Siempre serás la misma!

MARC. ¡De eso me quejo! *(Con envidia mal disimulada.)* Y creo que tu "andova" tiene guita de sobra, ¿no?...

ISABEL. ¿Cómo?

MARC. Tu... protector.

ISABEL. Sí, es muy rico. Pero, a decir verdad, eso a mí no me importa.

MARC. ¡Ah, no! ¡Mira! ¿Qué es lo que te interesa?...

ISABEL. Que sea buena persona; que me trate bien; no como a una cualquiera...

MARC. ¡Ya!... Que te trate bien querrá decir que te compre todo lo que le pidas, ¿verdad?...

ISABEL. Nada de eso. O no me entiendes o no me quieres entender. ¿Crees que yo le tengo para explotarle?...

MARC. Le tienes para eso a cambio de que él te explote a ti. Este negocio no es el primero de esta clase que se monta en el mundo. Piensa que hay muchos competidores y, sobre todo... muchas competidoras.

ISABEL. Pues yo te juro por lo más sagrado que si dependiese de mí, este hombre, este buen corazón, no gastaría ni un céntimo. Pero, desgraciadamente, otros se encargan de sacarle del bolsillo hasta la última peseta...

MARC. *(Con envidia.)* De manera que es... de los fáciles, ése...

ISABEL. Ese ¿qué?...

MARC. Ese... corderito pascual...

ISABEL. No te burles, Marcela: es todo un hombre...

MARC. ¿Y me voy a creer que es que le adoras?...

ISABEL. Ni te lo quiero hacer creer ni es cierto que le adoro. Pero no puedo negarte que siento por él como un respeto, como una viva simpatía... ¡No sé!... No ha conocido a más mujer que a mí. ¡Si vieras con qué interés se preocupa de sacar de la cárcel a nuestro padre! Ha molestado a todo el mundo, se ha comprometido; ha ofrecido dinero a los abogados y a la curia; remueve cielo y tierra por verme a mí contenta... ¡Es bueno, Marcela; es un buen hombre que me mima y me trata... ¿qué sé yo?..., ¡cómo si fuese una hija suya!...

MARC. ¿Una hija suya? *(Con ironía.)* ¡Conozco ese cariño! ¡Fulerías! Se vé que es un buen "peje" el "andovales". *(Sin poder reprimirse.)* No te quiere como tú te imaginas; ni se interesa por ti como lo hace creer; ni sacará de la cárcel a nuestro padre, como tú te lo piensas. ¡Ya lo verás! ¡Es un "pinta" ese hombre!

ISABEL. ¿Que no sacará al padre de la cárcel?...

MARC. ¡No, hijita, no!... *(Riendo.)* ¡No seas tan inocente!...

(Se oye dentro la voz de Andrés, que dice:)

ANDR. ¡Hija mía!... ¡Isabel!... ¡Mariana!...

(Entra y corre a estrecharla en sus brazos. Tras él, el señor Acebal.)

ISABEL. ¡Padre! *(Le abraza emocionada. Marcela queda absorta.)*

ANDR. ¡Hija mía!... A este hombre le debo mi libertad. *(Por don Ernesto.)*

ERNES. ¡Lo hice por ti, Isabel!...

ISABEL. Estoy contenta, Ernesto... Marcela, ¿no le abrazas? *(Por el padre.)*

MARC. ¡Gracias a Dios! *(Le abraza sin ninguna ternura.)*

ANDR. ¡Hija mía! ¡Marcela!... ¿Y Mariana?

MARIA. *(Desde dentro.)* ¡Andrés! ¡Andrés!...

ISABEL. Hoy no se ha levantado. Está malucha.

MARC. ¿Está enferma la tía?...

ANDR. ¡Mariana!...

(Entra precipitadamente por la primera caja izquierda seguida de Marcela. Quedan solos Ernesto e Isabel.)

ERNES. Ya lo ves, Isabel. ¡Triunfé, por fin!...

ISABEL. ¡Nunca me abandonó la fe!...

ERNES. Trabajo y dinero me ha costado, pero... ¡vayan con Dios!... ¿Estarás ya tranquila?...

ISABEL. ¡Sí, Ernesto!...

ERNES. Sólo por ti lo hice, para decir verdad... Porque te veía triste; porque tu pecho estaba hinchado de sollozos...

ISABEL. ¿Lo notabas?...

ERNES. ¿Cómo no he de advertir todo lo que te pasa?... ¡Me fijo tanto en ti!... Hoy me permitirás decirte que te quiero...

ISABEL. Sí, Ernesto... Estoy tan hecha a tu bondad que creo que eres la única persona que me quiere de corazón...

ERNES. ¿Ningún otro te ha dicho... que te quería?...

ISABEL. ¡No..., ninguno!

ERNES. ¿Me quieres ya, Isabel?...

ISABEL. *(Sencillamente.)* ¿Por qué me lo preguntas?... ¿No lo ves?... Te quiero... No sé si te quiero como deben querer a los hombres las mujeres; pero siento por ti un gran afecto. Jamás me acarició mi padre; no conocí a mi madre; casi no tengo hermanos... ¡Tú eres como un bálsamo que hace dulce mi vida!...

ERNES. Te escucho como un niño... ¡Dame un beso, Isabel!...

ISABEL. ¡Tómalo!... ¡Te lo doy!... *(Le besa.)*
(Entra Marcela.)

MARC. Se ve que estorbo. *(Medio mutis.)*

ISABEL. No. Nunca. Quédate. Nosotros no somos como tú te figuras.

MARC. No me figuro nada. Hablo por éstos... *(Por los ojos.)*

ERNES. ¡Venga usté acá, Marcela! No se deja usted ver...

MARC. Eso dicen: que yo me vendo cara...

ISABEL. Siéntate aquí un momento con Ernesto mientras le doy la medicina a la tía. ¿Quieres?...

ERNES. ¡Siéntese, siéntese!...
(Vase Isabel y quedan solos don Ernesto y Marcela; ella sentada en la "chaise-longue" y él en una silla próxima.)

ERNES. ¿Qué se dice de nuevo?

MARC. De nuevo, usté, que está desconocido.

ERNES. ¿Desconocido? Yo siempre soy el mismo.

MARC. Yo le encuentro... más joven.

ERNES. ¿Más joven?...

MARC. Sí, sí, señor... No diré que un pollito, pero... vamos...

ERNES. Gracias, Marcela, por la broma... ¿Por qué me dice eso?...

MARC. ¿Bromas yo?... Me guardaría muy mucho... ¿Es que usté no se siente más joven?...

ERNES. ¿Es que ha oído usted lo que decía a Isabel?...

MARC. Ni mucho menos... Pero, se ve... Con mirarle a usté, basta... Lo lleva usté en la cara...

ERNES. ¡Marcela!...

MARC. Le hablo formal. De un año para acá es usté otro... Más derecho, más guapo...
ERNES. ¡Bueno!... ¡Vaya!... No creí que era usted tan guasona...
MARC. ¿Guasona?... Usté me ofende. ¿Por qué se piensa usté que se lo digo?... Servidora no es nada interesada... Usté está con mi hermana y yo me alegro mucho... ¡Lástima que Isabel no tenga fundamento!...
ERNES. ¿Fundamento?...
MARC. Más experiencia. Más sentido. Mi hermana no conoce la vida, y un hombre como usté, ¡la verdad!, merece no tener preocupaciones...
ERNES. ¿Preocupaciones yo?...
MARC. No digo que las tenga. Pero no ha de negarme que si Isabel en vez de una chiquilla fuese una hembra cabal...
ERNES. Y lo es en todas partes...
MARC. ¡Que se lo creen ustedes!
ERNES. ¡No la entiendo!
MARC. ¡Ni falta que le hace!
ERNES. Pues... ¿por qué me habla así?...
MARC. Porque usté me es simpático. Porque veo que la quiere de veras y porque temo que algún día este cariño le traerá sus disgustos... *(Estas palabras impresionan al señor Acebal.)*
ERNES. ¡Ahora soy yo quien la pido que hable! Diga... Diga... ¿Qué me quiere decir?...
MARC. Que Isabel es guapa, que Isabel es joven y que nunca faltan golosos ni atrevidos... Isabel (y por Dios no me comprometa después de hacerme hablar), tiene quien la ronda...
ERNES. ¡Pero ella!...
MARC. ¡No alce la voz!... Por ahora ignoro si le ha hecho cara a alguno. Pero no olvide usté lo que le digo... Es muy joven y aún no sabe querer... Si algún día yo supiese...
ERNES. ¿Qué?...
MARC. Si le parece, vamos a dejarlo...
ERNES. *(Afanosamente.)* No... Sigamos... ¡Está usted adivinando mis temores!...

MARC. *(Con mucha malicia.)* Usté no es un "lilaina"...

ERNES. ¡Soy un pobre infeliz, Marcela, que ha tenido la desgracia de enamorarse de una criatura!...

MARC. ¡De una criatura sin malicia!... ¡Ay, no! ¡Le digo a usté que no!... ¡Y me inspira usté lástima!... Si no lo echase usté a mala parte le diría que le tengo una gran voluntad... Yo misma no me puedo explicar cómo me intereso por las cosas de ustedes dos, que a fin de cuentas ni me van ni me vienen...

ERNES. ¡Pero usted sabe algo! ¡Dígalo! ¡Dígalo! *(Exasperado.)* ¡Se lo mando! *(Cogiéndola las manos.)*

MARC. ¡No grite! ¡No se ponga usté así!... Aquí no podemos hablar. *(Mirando para no ser sorprendida.)* Vaya a verme a mi casa... ¿Irá? ¿Me lo promete?...

(Antes de tener tiempo de contestar a la malévola insinuación de Marcela entra Isabel con gran naturalidad. Su rostro claro respira tranquilidad, inocencia evidente. Acebal la contempla con ojos de angustia reveladores de un gran dolor.)

(Marcela, haciendo un gesto de contrariedad, sale por la lateral primera izquierda.)

ISABEL. ¿Qué tienes?... ¿Qué la pasa?... *(Por Marcela.)* ¡Contesta! ¡Di!...

ERNES. *(Dolorosamente.)* ¡Isabel!...

ISABEL. ¿Qué te ha dicho Marcela?

ERNES. ¡Isabel!... No te puedo decir cómo te quiero. Mi voluntad desmaya a cada instante. *(Intimo.)* Si tú no me quisieras, me moriría de pena... ¡Isabel!... ¡No me dejes!...

ISABEL. ¿Quién habla de dejarte?... ¿Por qué me dices eso?...

ERNES. ¿Verdad que no?...

ISABEL. ¿Qué te ha dicho mi hermana?...

ERNES. ¡Nada, nada!... ¿Verdad que tú me quieres, Isabel?...

ISABEL. *(Resuelta y compasiva.)* Te quiero, sí; te quiero... ¡y te respeto, Ernesto!

ERNES. ¡Oh, qué feliz me haces! ¡Ahora vivo, Isabel!... Jamás había sentido una pasión... ¡Nada en el mundo como querer y ser querido!...

ISABEL. Ernesto... ¿Tú feliz a mi lado?...

ERNES. A tu lado..., ¡como en otro planeta!... Olvidado de todo... ¡A tu lado y ocurra lo que ocurra!...

(Entra precipitadamente la Criada.)

CRIA. Don Ernesto, le llaman al teléfono. Dicen que es urgentísimo...

ERNES. ¿Quién es?

CRIA. Del almacén...

ERNES. ¿Qué han dicho?

CRIA. Que acuda usted de prisa. Creo que es el encargado...

ISABEL. Anda, Ernesto. *(Con cierta inquietud.)*

CRIA. Que vaya usté al teléfono en seguida...

ERNES. ¿Qué pasará?... Me llegaré yo mismo...

(Van Isabel y don Ernesto hacia la puerta del fondo.)

ISABEL. ¿Volverás luego?...

ERNES. *(Desde fuera, casi sin despedirse, preocupado por la urgencia del aviso.)* ¡Sí, volveré!... Me llevo el coche...

ISABEL. *(A la Criada.)* ¿Y no te han dicho más?...

CRIA. Nada más, señorita... Pero yo he comprendido, por las prisas, que debe ocurrir algo...

ISABEL. ¡Dios mío!... Qué intranquila me quedo...

CRIA. No sea usté tonta, señorita. Cualquier cosa la inquieta.

ISABEL. ¿Y eso es ser tonta?

CRIA. ¡Claro!

(Sale Alfredo y se queda escuchando el diálogo.)

ISABEL. Anda; vete con Dios...

ALFRE. Yo no sé por qué dejas que te falte al respeto... Te ha llamao tonta. No hay derecho a que una de escaleras abajo se tome confianzas. ¡Aprende a ser señora! ¡Empaque, empaque, joven!...

ISABEL. Bueno. No me des la jaqueca. ¿Has visto a padre?...

ALFRE. Pues claro que le he visto. ¿Te crees que yo me alelo?... ¡Y alivia, que te duermes!... Me voy al contoneo de la figura hasta la hora del puré... ¡Si la Dama de las Camelias hubiese sido hermana mía, de seguro que no se muere tísica!...

ISABEL. ¡Tendré que reír sin ganas!

ALFRE. Nada, nada... Tienes que confesar que aquí hay pupila *(señalando)*, y aquí olfato *(ídem)*, y que esto *(ídem)* funciona como el auricular de un cinco lámparas... ¿Estamos?...

ISABEL. ¡Date charol!

ALFRE. ¡Se puede!... ¡Poco que me repudro viendo que la experiencia se me consume dentro sin servirme de nada!...

ISABEL. Anda, vete a la calle... Te conviene para tu salud...

ALFRE. Pero... ¿también mi anemia sirve de pitorreo?... Si estorbo en casa o si cuestan muy caros mis garbanzos, se me dice y en paz; que ya sabré qué hacer...

ISABEL. ¡No, hombre, no! Puedes dormir tranquilo. Haz lo que quieras, que es igual que decirte que sigas sin hacer nada; ¡pero no me aconsejes; por Dios, no me aconsejes!... Con toda tu experiencia y todo tu conocimiento del mundo, lo que tú me pudieras enseñar yo no quiero aprenderlo...

ALFRE. ¡Listo el bote! Por eso no vamos a reñir. Con tu pan te lo comas. Si tú vas a gusto en el machito, qué le vamos a hacer... *(Mutis.)*

(Antes de acabar Alfredo de hablar ha entrado la criada con aire de anunciar una visita; pero no dice nada hasta encontrarse a solas con Isabel.)

CRIA. ¡Señorita!... Una señora quiere verla.

ISABEL. ¿Una señora?... ¿Ha dicho el nombre?

CRIA. Dice que usté no la conoce. Creo que me ha dicho... doña Pilar Orriols...

ISABEL. *(Sorprendida.)* ¿Cómo?... ¿La has entendido bien?... ¡Pilar Orriols!... *(Hablando consigo misma.)* ¡La mujer de Ernesto!... ¿Cómo es posible?... *(A la Criada.)* ¿Viene sola?... ¿Cómo es esa señora?... ¿Qué quiere?...

CRIA. No me lo ha dicho. Tranquilícese usté, señorita. ¿Quiere que la diga que no está??... Espera en el recibimiento. ¿La digo que se marche?...

ISABEL. *(Aparte.)* ¡Dios mío! ¿Qué debo hacer?... ¿A qué viene? ¿Se habrá cruzado con Ernesto?... *(Luchando consigo misma.)* ¡Dila que no estoy!... ¡Qué vergüenza!...

CRIA. Que no está usté, ¿verdad?

ISABEL. No, no... Espera... ¡Dios mío, ilumíname!... La mujer de Ernesto... La mujer de mi... ¡Qué hago, Señor; qué hago!...

CRIA. ¿La señorita no se encuentra bien?

ISABEL. ¡Que pase..., que pase esa señora!...

CRIA. ¿Que pase?

ISABEL. ¡Espera, espera!... *(Se sienta en una silla y se enjuga el sudor del rostro.)* ¡Sí, sí!... La recibiré... ¿Por qué no?... Pero yo no tengo derecho..., no puedo...

CRIA. ¿La parece que vuelva otro día?...

ISABEL. *(Resueltamente.)* No... Dila que pase... Sí. Que pase... ¡La espero!...

(Ordena sus cabellos y su vestido y aguarda en el centro de la escena, firme, erguida. Precedida de la Criada entra Pilar, que duda un momento antes de decidirse a avanzar hasta Isabel, un tanto temerosa. Se recobra en seguida.)

CRIA. ¡Haga el favor! ¡Pase, señora!...

(Pilar saluda con una leve inclinación de cabeza. No avanza. La Criada mira a la visitante y a su señorita y hace mutis por la lateral izquierda.)

ISABEL. ¿A quién tengo el honor?...

PILAR. Pilar Orriols... Usted no me conoce... Jamás

me ha visto... Yo a usted sí..., una vez; pero de lejos...

ISABEL. Y... ¿el objeto de su visita?... ¡Siéntese!... *(Se sientan.)*

PILAR. Tengo necesidad de hablar con usted de un asunto bastante delicado. Cuando sepa quién soy comprenderá en seguida el objeto de mi visita..., que seguramente habrá de disgustarla...

ISABEL. ¡Señora!...

PILAR. Para qué negarlo... ¡Soy la esposa de Ernesto Acebal! *(Se queda mirando el efecto que esta declaración causa en Isabel.)*

ISABEL. ¿Qué quiere usted de mí?... Yo, señora, nunca me hubiera atrevido a ponerme delante de usted...

PILAR. ¡Naturalmente!

ISABEL. Y entonces... ¿Por qué ha venido usted a mi casa?...

PILAR. He meditado mucho el paso que iba a dar, y después de pensarlo vi que podía y debía...

ISABEL. ¡Usted dirá!

PILAR. La diré claramente cuanto crea que debo decirla. A eso he venido. No piense, sin embargo, que lo que busco es un escándalo. No. Antes que nada soy una señora...

ISABEL. ¡Pero!...

PILAR. Mi situación es insostenible. Vengo a dirigirla un ruego, una súplica hecha con toda el alma... ¡Por su madre de usted!...

ISABEL. ¡No la tengo!

PILAR. Por lo que usted más quiera en este mundo, escuche con piedad...

ISABEL. ¡Dios mío!...

PILAR. Usted es joven, muy joven todavía. Usted puede encontrar un hombre que la quiera de corazón... Por el camino de la honestidad y de la honradez puede rehacer su vida, que comienza; conseguir el respeto de las gentes...

ISABEL. ¡No!

PILAR. Sí; el respeto de la mujer honrada. Aún es

tiempo, si quiere levantar la cabeza y rectificar su conducta pasada... Pero, ¡devuélvame a mi esposo!

ISABEL. ¡Oh, calle!

PILAR. No quiera que ni un momento más se olvide de su casa y de mí, por su culpa.

ISABEL. ¡No, no!... *(Sollozando.)*

PILAR. No tiene usted derecho, ningún derecho, sobre Ernesto... ¿No ve usted que destruye una familia?...

ISABEL. ¡Por Dios, señora!... ¡Tenga también piedad!...

PILAR. Prométame usted entonces que atenderá mi ruego...

ISABEL. ¡Ningún derecho... Dios clemente!... *(Con amargura.)*

PILAR. ¿Qué la pasaría a usted, si usted fuese casada, al ver que su marido se apartaba del hogar, de su lado, cada vez más indiferente a las intimidades, más extraño cada minuto a todo lo que hubiera de serle más querido?...

ISABEL. ¡No... no! Tiene razón... ¡Ningún derecho tengo!

PILAR. ¿Y al advertir que su mirada, antes tan amorosa, vagaba indiferente, como buscando en todas partes a otra mujer que le ha salido al paso?...

ISABEL. ¿Salirle al paso?...

PILAR. Hasta hace un año Ernesto era un hombre dedicado por entero a sus negocios. De casa al almacén y del almacén a casa, sólo se preocupaba de la marcha de sus intereses, de nuestros intereses, que por su actividad iban por buen camino. Ni pensaba en mujeres ni gustaba de los amores fáciles, propios, según decía, de gente joven y de poco seso. Espejo de hombres de bien, su vida era un constante sacrificio en pro de la familia... Y, de pronto, sin cambiar de ambiente, sin causa que determinase tal mudanza, conoció a usted y...

ISABEL. ¡Señora!... ¡Lo que usted insinúa es falso en absoluto!...

PILAR. No sé más sino lo que la digo... Que Ernesto ya era otro, que había sufrido un cambio radical... ¿Qué había pasado?... ¡No se haga usted de nuevas!... Yo no sé cómo, ni me importa para mis deducciones de sentido común. El hecho es que la conoció... ¿Le sabía usted casado?... Dígame la verdad... ¿Verdad que lo sabía?...

ISABEL. La suplico, la ruego que no siga por ese camino. La prometo, señora, que no era necesaria esta visita para hacerme comprender la situación falsa en que me encuentro. Si usted comprendiera, si fuera posible hacerla oír la voz de mi conciencia, segura estoy de que hablaría de otra manera...

PILAR. ¡La voz de su conciencia!... ¿Por qué no escuchó usted a su conciencia cuando por vez primera habló usted con Ernesto?...

ISABEL. *(Indignada.)* ¡Basta!... ¿Qué sabe usted, señora?... Usted es una mujer honrada, ¿verdad?... Una mujer honrada que no ha sufrido hambre, que no ha sabido nunca la desgracia de caer en la desesperación a que lleva la miseria en sus últimos grados...

PILAR. ¿Qué me quiere decir?...

ISABEL. Que me habla usted en un tono acusatorio que me denigra más que mi propia deshonra... ¡Y no se lo consiento!...

PILAR. ¿Es que usted olvida que estoy aquí a pedirla un favor, pero acompañada y protegida por la razón y por el derecho?

ISABEL. ¡Lo sé, lo sé!... Sé que un derecho y una razón se alzan en contra mía. ¡Todo va en contra mía! ¡Todo y todos!, menos el hombre al que no puedo retener a mi lado porque es de otra mujer. ¡Un pacto y una ley le atan a ella por siempre!...

PILAR. ¡Un pacto y una ley que Dios conserve!... ¡Qué sería la familia de otro modo!...

ISABEL. ¡La familia!... ¡Oh, sarcasmo!...
PILAR. ¿Y de la sociedad sin esos ataderos?...
ISABEL. ¡La sociedad!... ¿No tengo yo derecho a su tutela?... ¿Qué ley protege a las mujeres desvalidas que llevan sobre sí la pesadumbre de los seres queridos?...
PILAR. ¡El matrimonio! ¡Su fuerza es la que tengo para hablarla!...
ISABEL. ¿Luego, según usted, el matrimonio es la solución honrada de la pobreza para toda mujer?...
PILAR. ¡Exacto!...
ISABEL. ¿Eres pobre?... Pues ¡cásate!, quieras o no al marido. Así, según usted—¡me espanta repetirlo!—, el matrimonio pudiera ser como un celestineo...
PILAR. ¡No emplee usted esas palabras!...
ISABEL. ¡No; si lo sospechaba!...
PILAR. ¡La repito que me hable de otro modo!...
ISABEL. La hablo así porque veo claramente que todo, hombres y leyes, se conjura en mi contra. El instinto de conservación y una fuerza extraña que me anima, y que no me atrevo a llamar dignidad porque, según usted, la debo haber perdido, me aconsejan que tome desde ahora contra todo y de todo, mi natural defensa. ¡Es, señora, cuestión de vida o muerte!... ¡Estoy cansada de callar! ¡Estoy cansada de sufrir!... La honra de las mujeres no está escrita en las leyes: está en su proceder, en su conducta. ¡No hoy reglamentos para ser honrada!... Usted lo es viviendo del sudor de su marido, porque la ley lo dice... ¡Yo seré siempre una mujer sin honra, aunque hasta la hora de la muerte mantenga con mi trabajo honrado al marido de otra!...
PILAR. Yo no he venido a discutir. He venido para hacerla saber el derecho absoluto que me asiste. En mi casa nunca se habían turbado la paz ni la tranquilidad. Es mi marido y nuestros intereses son comunes. La hago a usted res-

ponsable de que ahora van de mal en peor. A seguir de este modo, la ruina es inminente...

ISABEL. ¡Ah! ¡Por fin!... Por fin se habla aquí de dinero... ¡Lo esperaba!... Usted, entonces, no reclama el marido... Pide que la devuelvan el gerente, el administrador de sus negocios. ¡De negocios, señora, no entiendo!...

PILAR. ¿Qué es esto?...

ISABEL. ¡Una quiebra!... Quédese usted con esos intereses... ¡A su esposo usted nunca le ha querido!...

PILAR. ¡Usted sí que le quiere!... *(Con ironía.)*

ISABEL. ¿Yo?... ¡Ya sé lo que tengo que hacer!... ¡Se acabó!... No es posible tener más paciencia. Cuando la que me hablaba era la esposa, mi deber era oírla... Si me habla como agente de negocios, ya no me da la gana soportarla.

PILAR. Pero... ¿qué dice?... ¿Qué insolencia es ésta?...

ISABEL. ¿Acaso usted no lo es? ¡Esta es mi casa!...

PILAR. En casa es, en efecto; pero el origen de esta casa... *(Mirando los muebles.)*

ISABEL. ¡Basta!... ¡Que se marche la digo!...

PILAR. *(En pie y a punto de salir.)* Si miramos de dónde viene todo esto, mi derecho sería superior al de usted...

ISABEL. ¿Es así como hablan las señoras!...

(Andrés y Marcela aparecen, el primero por la lateral izquierda; ella por el fondo derecha.)

PILAR. ¡Trabaje, que aún es joven, y deje en paz a las gentes de bien!...

ISABEL. *(Llorando amargamente.)* ¡Qué injusticia, Señor!...

PILAR. ¿No se avergüenza, siendo una chiquilla?...

ANDR. ¡Basta de templar gaitas! ¿Quién es esta señora?...

MARC. ¡Si no la hubiesen recibido!...

ISABEL. ¡Ah! ¡No!... ¡Vosotros, no! ¡Silencio!

PILAR. No; ya me marcho...

ANDR. ¡Afuera! *(Avanzando.)*

MARC. ¡A tomar viento! *(También avanza.)*

ISABEL. *(Revolviéndose.)* ¡No! ¡Vosotros, no!... ¡Señora, la ruego que se marche!...

PILAR. Me voy; pero no olvide que estoy dispuesta a defender lo mío hasta el último extremo... *(Sale.)*

MARC. ¡Largo de aquí! *(Inmediatamente y cuando aún puede oírlo.)*

ANDR. Pero... ¿qué quiere esta mujer?...

ISABEL. Padre..., os he dicho a todos que me dejéis en paz... No me pregunten nada... Ya sé andar sola por el mundo... Ya soy una mujer... Y tú, Marcela, escucha bien lo que voy a decirte... Tú también saldrás de aquí y nunca más pondrás los pies en esta casa...

MARC. ¿Qué dices?... ¿En casa de mis padres?...

ISABEL. En mi casa... Esta casa es la mía...

ANDR. ¡Isabel!

ISABEL. *(Rebelándose.)* ¡Ya no hay más Isabel!... ¡Yo ya no puedo más! Tú, Marcela, te marchas. Te echo de casa como acabo de echar a la mujer de Ernesto. Ella venía a pedírmele en nombre de la ley y del derecho del matrimonio; tú vienes a robármelo en nombre del derecho que los ladrones creen tener sobre las cosas de la demás gente...

MARC. ¡Mira, mocosa, que no respetaré que está aquí padre!... *(Amenazándola.)*

ANDR. ¿Qué es esto?... ¿Qué falta de respeto es ésta? Vete, Marcela... *(Suplicante.)*

ISABEL. Vete y no vuelvas nunca...

MARC. ¡Me has llamado ladrona!

ISABEL. ¡Ladrona de hombres! ¡Con las uñas, con los dientes le defenderé!...

ANDR. ¡Hija mía!

ISABEL. ¡Ya no soy la Isabel que ustedes manejaban a su antojo! ¡Vete, que no te vuelva a ver! ¡Mala hermana! *(Lanzándoselo al rostro.)*

ANDR. ¡Calla, Isabel!...

MARC. ¡Déle, déle coba a la niña! ¡Como es la que os mantiene!...

ISABEL. Por tu culpa también; por habernos abando-

nado he tenido que deshonrarme... ¡Y ahora que estoy envilecida querías cobrar el premio de la hazaña!

MARC. Pero... ¿oye usté a esta loca?... *(Al padre.)*

ANDR. ¡Marcela!

ISABEL. Aprovechando un momento de hospitalidad pretendías conquistarle como haces por la calle con cualquiera que pasa.

MARC. Si no callas te cruzaré la cara. ¡Deslenguada!

ANDR. ¡Basta, he dicho!...

ISABEL. ¡A la calle!... ¡Echela usté!... ¡O la echa o me voy ahora mismo! ¡Ella o yo!...

ANDR. ¡Anda, vete! *(A Marcela.)*

MARC. ¡Mala hembra! *(Se la abalanza y la golpea. El padre la sujeta resueltamente y la lleva a empellones hasta la puerta.)*

(Mutis Marcela.)

ISABEL. ¡Me ha pegado! ¡Me ha pegado!...

ANDR. ¡No llores tú, pequeña!... ¡Ya está fuera!... ¡No volverá jamás!...

ISABEL. ¡Mi hermana me ha pegado! *(Todavía sollozante.)* ¿Qué más puedo hacer, padre?... ¿Por qué he de ser yo siempre la que todo lo sufre?...

ANDR. Bueno... Bobadas... Vamos; no llores más... Sécate los ojos... Si te los ve así Ernesto, ¿qué diría?... ¡Tranquilízate, nena!

(Mutis izquierda. Entra la Criada.)

CRIA. Señorita... ¿Qué tiene?... ¿Qué la pasa?... ¡Siempre ha de estar sufriendo!... ¡Tan buena como es!...

ISABEL. No es nada, Emilia...

CRIA. ¡Tan linda como es; con esos ojos tan preciosos, siempre llenos de lágrimas!... Yo sé cuál es la pena de la señorita... ¿Verdad que sí lo sé?...

ISABEL. Anda, Emilia... Déjame sola... Véte...

CRIA. ¿No llorará usted más?...

ISABEL. No... Véte.

CRIA. ¿Me lo promete?...

ISABEL. Te lo prometo.

(Mutis de la Criada por la lateral derecha. Una pequeña pausa.)

(Aparece Ernesto por la puerta del foro completamente transfigurado. Está pálido, amarillo, verde. No osa entrar. Después se precipita en brazos de Isabel y la dice con voz angustiosa:)

ERNES. ¡Estoy perdido!...

ISABEL. ¿Qué tienes, Ernesto?...

ERNES. ¡Estoy perdido! ¡Me he arruinado!

ISABEL. ¡Cómo!... ¿Qué dices?... ¿Es verdad?...

ERNES. ¡La quiebra!...

ISABEL. ¡Oh!...

ERNES. La quiebra escandalosa... ¡No se salvará nada!... ¡Isabel! *(Tembloroso.)*

ISABEL. ¿Cómo ha sido?...

ERNES. No lo sé... A ciencia cierta no lo sé... *(Suplicante.)* ¡Isabel, no me dejes!...

ISABEL. ¡Ernesto!... ¡Dios mío!... ¡Cálmate!... ¡Dios del Cielo!... ¡Señor!... ¿Todavía más?...

ERNES. ¡No me dejes, soy pobre...; seré pobre!...

ISABEL. Pero... ¡yo no me explico!...

ERNES. Ni yo, Isabel; ni yo... La quiebra alcanza a muchos... Pero mi dolor es mío únicamente... ¡Tú ya no me querrás!... ¡Sé que no me querrás!...

ISABEL. ¡Calla, Ernesto!...

ERNES. Para nada te sirvo... Ya no puedes quererme...

ISABEL. ¡Ernesto!... ¡No me ofendas!...

ERNES. ¡No me abandones!... *(Se arrodilla a sus pies. Isabel está sentada.)* ¡Te lo pido de rodillas!... ¡Hazme limosna de tu amor!... ¡Isabel!... ¡Apiádate, Isabel!... ¡Ampara mi desdicha!...

ISABEL. ¡Ayúdame, Dios mío!...

ERNES. Sé que vas a dejarme y yo me moriré. ¡Ya no soy nadie!... ¡Nadie!... ¡He muerto civilmente!... Te lo he entregado todo... todo lo que podía entregarte; mi nombre honrado y mis sentidos, que los perdía queriéndote... Sin ti la vida es un estorbo. Ni un momento la podré

conservar... ¡Tú!... ¡La única ilusión de mi vida! ¡La única alegría en una existencia oscura y trabajosa! ¡Tú!... ¡Sólo tú, Isabel!...

ISABEL. ¡Calla, Ernesto!...

ERNES. ¡Tú!... ¡El único lazo que me liga a la tierra!... ¡Isabel!... ¡No me dejes, aunque esté en la miseria!... ¡Yo te adoro, Isabel!... *(Ella estrecha la cabeza del sinventura contra su pecho y dice como abstraída, con la mirada vaga:)*

ISABEL. No... no te dejaré.

ERNES. ¡Protégeme, Isabel, con tu mirada! ¡Ocúltame!... La quiebra; la escandalosa quiebra!... *(Vencido por el dolor queda abatido en tierra.)*

ISABEL. *(Concentrada.)* ¡No te dejaré, Ernesto! *(Levantándose.)* ¡Qué menos he de hacer que el sacrificio de guardarle a mi lado para salvar su vida!...

ERNES. ¡Soy pobre!...

ISABEL. ¡Engañarle, no!... ¡Engañarme a mí misma, como siempre! ¡Mantener su ilusión!...

ERNES. ¡No me dejes!...

ISABEL. Sostenerle en la vida. ¡Pobre Ernesto! ¡Pobre Ernesto! *(Le levanta el rostro. Decidida.)* ¡Abre esos ojos!... ¡Bien abiertos! ¡Te quiero!... ¡Te quiero!... ¿Lo oyes?... ¿Lo crees?... ¿Crees que te quiero?... ¡Porque eres pobre te quiero más que antes!... *(Telón pausadamente, desde la última frase de Ernesto: "No me dejes".)*

ACTO TERCERO

El mismo hotel del acto precedente. Gabinete dormitorio de Isabel en un rincón, al fondo izquierda. Al fondo, también, pero a la derecha, la puerta de salida al jardín. Frente a la puerta, una baranda. En primer término izquierda, la entrada a la sala; segundo término de este costado, la puerta de la habitación de don Ernesto. Primero derecha, otra estancia. Es, repetimos, el mismo hotel en que se desarrollaron las últimas escenas; pero los estigmas de la miseria son patentes. Tienen las paredes el desamparo de la falta de cuadros y de objetos complementarios de la decoración de una casa. Sobre los escasos muebles, poquísimas futesas. En los trajes, como en los rostros de las personas que viven esta tragedia, se adivina también, como en el ambiente que las rodea, que se hallan al principio del fin. Don Ernesto ha envejecido como si hubieran pasado un par de lustros. Sus cuarenta y cinco años del primer acto han saltado bruscamente a los cincuenta y cinco. Denota su cara un aplanamiento invencible y todo él produce la impresión de un hombre herido de muerte en la entraña cordial; acaso una angina de pecho. Laxo, abatido, continuamente avergonzado, parece querer sustraerse a la mirada de todos, sin solicitar más que el trato con Isabel, sobre la que pesa la angustiosa responsabilidad de la solución de un problema insoluble y la amarga lucha moral de simular un afecto inmenso hacia su pobre amante... El padre también ha envejecido extraordinariamente en este acto. Es la tarde de un año después de la acción que registra la jornada anterior.

(Mariana, cosiendo en el primer término derecha. Entra Andrés por la primera izquierda.)

MARIA. ¿Qué te ha dicho Marcela?

ANDR. Porquerías. Me ha regañado. Dice que no sabemos administrarnos. ¡Se ha vuelto financiera!... Y me ha recordado el día que la eché de esta casa.

MARIA. ¿De manera que...?

ANDR. ¡Ni un céntimo!... Consejos: un puñao de consejos. Donde te den consejos no esperes otra cosa... Es sabido... No falla.

MARIA. ¿Y qué haremos mañana?...

ANDR. Ayunar. No no coge de nuevas.
MARIA. ¡Ay, Señor!...
ANDR. Ayunar. ¡Debe de ser mi sino!...
MARIA. Isabel me dió ayer unos cuantos reales: lo del empeño del vestido nuevo.
ANDR. ¡Valiente prima! ¿Qué hará sin sus vestidos? ¡Tendrá que estarse en casa! ¡No sé qué puede hacer sin sus vestidos! Las mujeres los necesitan siempre para ir a su negocio...
MARIA. ¿Y qué querías que hiciera?...
ANDR. ¡Empeñar otra cosa!
MARIA. Si ya no queda nada, ¿qué cosa iba a empeñar?... ¡Todo se fué en estos meses últimos!...
ANDR. ¡Si yo no fuese viejo!... ¡Yo no sé dónde tiene la cabeza esta chica! ¡Malhaya sea!... ¡Si fuésemos más jóvenes!... ¡Tres días me iba yo a estar sin oír el grillo! *(Dándose golpes en el bolsillo del chaleco.)*
MARIA. Acude a tus amigos.
ANDR. ¡Mis amigos!... ¿No sabes que se han vuelto de espaldas?... ¿No ves que no respiran? Y, además, todos creen que chupamos del bote... No es cosa de explicarles el fracaso de este hombre. ¡Por primo, me tomarían el pelo!... *(Sale Isabel primera derecha.)*
MARIA. *(En voz baja, al viejo.)* ¡Habla a la chica!...
ANDR. ¡La chica!... ¡Se la apaga de un soplo!... *(Vase primera izquierda.)*
ISABEL. *(Comprendiendo que se ocupaban de ella.)* ¿Qué quiere, padre?...
MARIA. *(Suspirando.)* ¡Nada, hija, nada!
ISABEL. *(Se sienta y dice, como abstraída:)* ¿Dónde está Ernesto?...
MARIA. No le he visto en toda la tarde.
ISABEL. No se le ve.
MARIA. Andará por el jardín. Sabes que casi siempre vaga por el rincón de los rosales...
ISABEL. *(Aparte.)* ¡Pobre Ernesto!...
MARIA. Para mí, que está mal de la cabeza.
ISABEL. ¿Y no tiene motivos para estarlo?...

MARIA. ¡Sí, el pobre señor! ¡Encontrarse de pronto en la miseria!...

ISABEL. ¡Oh, sí! ¡Oh, sí!...

MARIA. *(Insinuante.)* Y me parece que no podrá salir...

ISABEL. ¿Qué?

MARIA. Que para mí, no tiene salvación. Que de lo suyo, ni los clavos le quedan...

ISABEL. *(Nerviosa.)* ¡Ya!... ¿Y qué más?

MARIA. Que está bien claro que no cobrará un céntimo.

ISABEL. ¿Y qué? *(Con impaciencia.)*

MARIA. ¿Por qué dices ¿y qué?...

ISABEL. ¿Qué más?...

MARIA. ¡Nada más! Creo que ya me comprendes.

ISABEL. ¡Y tanto que la entiendo!... ¡Demasiado! Quiere decir que ya no se le puede explotar. ¿No es eso?

MARIA. ¿Yo? *(Haciendo aspavientos.)*

ISABEL. Sí, mujer: hable claro. Quiere decir que ya no tendrá nunca un duro para dárosle; quiere decir que ya no se le puede sacar ni un solo céntimo: que es un pobre, como nosotros mismos; que ya es un trasto inútil...

MARIA. ¡No, hijita, no!...

ISABEL. *(Levantando el tono.)* Quiere decir que molesta, que en casa está de sobra, que nos conviene echarle...

MARIA. ¡No grites!...

ISABEL. ¡Comprendo lo que quiere decir! Quiere decir que yo debía cogerle de una manga y ponerle a la puerta, diciéndole: ¡Vete mucho con Dios!... ¡Vete mucho con Dios, desgraciado! ¡Vete, que ya no puedes mantenernos!... ¡Vete, que ya no me convienes; que yo soy joven, y otros ricos aún pueden entregarme lo que tú ya no tienes; vete, porque me estorbas; vete, que tu sitio aún lo puede ocupar otro como lo que tú eras, rico y tonto, o un don Juan con más dinero y con menos vergüenza que el asqueroso tipo de ese drama!... *(Entra Andrés.)*

ANDR. Pero... ¿qué estás diciendo?... ¿Volvemos a las mismas?...
ISABEL. ¡Os canto las verdades! ¿Es que os extraña que me haya vuelto descarada?... ¡Le canto las verdades a la... madre...!
MARIA. ¿Y por qué dices "madre" con segundas?...
ISABEL. ¡Cómo voy a decirlo con segundas!... ¿No piensa y siente usté lo mismo que mi padre de veras?...
ANDR. ¡Isabel!...
MARIA. ¿La ves?...
ISABEL. ¡Tanto podría usté ser mi verdadera madre como él mi auténtico padrastro!
ANDR. ¡A ver si no faltamos!...
ISABEL. ¡Quiere que le respete!... ¡Que no atente contra su dignidad!... ¿Qué hizo usté de la mía?... ¿Qué soy yo? ¿Hija o hijastra? ¿Criatura infeliz o puerca aventurera?... ¿Qué soy; qué habéis hecho de mí entre todos vosotros?...
ANDR. ¡Por tu bien!
ISABEL. *(Con repugnancia.)* ¡Por vuestras ambiciones! Por vivir. Por instinto, no por sentimiento. Por vivir bien... *(Mirando alrededor.)*, ¡y ver cómo vivimos!...
MARIA. ¡Una desgracia!
ISABEL. ¡Un castigo de Dios!
ANDR. ¡Si fuese Dios a castigar a todas las que han hecho lo mismo...!
ISABEL. ¿Y a mí, sí? ¡Yo era buena, y no como otras tantas!
ANDR. Ahora no es el momento, Isabel, de discutirlo.
MARIA. ¡Claro que no!
ISABEL. ¿Pues qué queréis, entonces?
ANDR. Ahora hemos de pensar en salir del atasco...
ISABEL. Os comprendo también. Sé vuestras pretensiones, pero es inútil. ¡Nunca lo lograréis! ¡Para libraros no me enlodaré más!
ANDR. ¡Ojo con lo que hablas!...
ISABEL. ¡Amenazas!... ¿Qué otro castigo puede amenazarme?...
MARIA. ¡No grites!...

ANDR. *(Baja el tono de la voz y dice, en forma de cariñosa reconvención:)* ¡Mira que vas por mal camino!... ¡Para ciertos asuntos te falta la experiencia!...

ISABEL. Ya he dicho que es inútil.

ANDR. *(Impaciente.)* ¡Me tienes que hacer caso! *(Más alto.)* ¡Me tienes que hacer caso! *(Resueltamente.)* ¡Ese hombre ha de ir a la calle!

ISABEL. ¡Nunca!

ANDR. *(Más firme.)* He dicho que irá afuera.

MARIA. ¡Pues claro!...

ISABEL. ¡Pues no irá!... "Ese hombre", como dicen ustedes, ya no es "ese hombre"; es Ernesto: el que le sacó a usté de la cárcel; el pobre Ernesto, que, atosigado por ustedes, sacrificó a mi bienestar la paz de su casa, descuidando sus intereses hasta dar cn la ruina... ¡Hasta los perros lamen la mano que los cuida! ¿Cómo es posible que puedan proponerme la vileza de lanzarle a la calle, como se tira lo que sobra en la mesa?...

ANDR. ¿Qué solución nos queda? ¿Tiene él, ni nadie, derecho a sacrificarte a ti y a hundirnos a nosotros?...

MARIA. ¿Hemos sido la causa de su ruina?

ISABEL. ¡Porque no habéis podido, pero intención no faltaba!...

ANDR. ¡Menos monsergas, Bel!... Yo me encargo de echarle...

ISABEL. No abrirá usté su boca.

ANDR. Y le haré comprender que es poco airoso que, pudiendo ganarse la vida, piense en la sopa boba, al amparo de una pobre muchacha.

ISABEL. ¡Padre! ¡Evite usté un nuevo escándalo!

ANDR. ¿Será que ahora le quieres?...

ISABEL. No y sí. Pero sólo a mí importa.

ANDR. ¡Yo le pondré en la calle!...

ISABEL. ¡Y yo no aguanto más!...

MARIA. ¡Callaros de una vez!...

ISABEL. Pensad que si él se marcha, yo me marcho con él.

ANDR. ¿Tú? *(Se dirige a ella, amenazador; pero se contiene al advertir a Ernesto en la puerta del jardín. Ernesto duda antes de entrar.)*

MARIA. ¡Callad! ¡Miradle!...

ISABEL. ¡Ernesto! *(Cariñosamente.)* ¡Entra, Ernesto!...

ERNES. *(Entrando.)* ¿Qué quieres? ¿Qué te pasa?...

MARIA. ¿Qué quiere usté que pase? ¡Cosas nuestras!...

ANDR. ¡Maldita sea! *(Entre dientes. Hace mutis primera lateral derecha.)*

ERNES. *(Confidencial.)* He visto al abogado, Isabel. *(Mariana se levanta y se va.)*

ISABEL. ¡Ah, sí!

ERNES. Esos ladrones no devuelven ni un céntimo. Hasta los valores en depósito estaban en peligro. ¡No sabes, Bel, ahora, que me siento acabado, el placer que experimento respirando el aire del jardín!... ¡Respirar!... ¡Qué bueno es respirar el perfume de las rosas que tú cuidas en esos rincones solitarios!...

ISABEL. ¡Ernesto!...

ERNES. Parece que unas uñas de hierro se me clavan aquí y que la pena me estruja el corazón; pero cuando aspiro ese aroma, todo desaparece. Yo, antes nada sabía... Abrí los ojos a la vida cuando otra vida me interesaba sobre todas las cosas: ¡la tuya!... ¡Y me muero cuando empiezo a vivir!

ISABEL. ¡No hables así!...

ERNES. ¡Oh! Ya sé que es ridículo que te hable de este modo. ¡Tú eres joven; yo, un viejo, cada hora más anciano!...

ISABEL. ¡Preocupaciones tuyas!

ERNES. Pero aunque lo sea, aunque me esté acabando, que ya sé que no se ha de tardar, me moriré queriéndote lo mismo; ¡hasta que me cierren los ojos, que ya no podrán verte!...

ISABEL. ¡Ernesto, por Dios, calla!

ERNES. ¡Si vieras lo que sufro por el mal que te causo!... A no cruzarme en tu camino, serías feliz con un marido al que tenías derecho...

ISABEL. ¡De no haber sido tú, con otro hubiera sido,

Ernesto! ¡Era fatal!... La miseria y el vicio de mi casa me empujaban al barro... ¿No los ves cómo son?...

ERNES. ¡Yo les perdono!...

ISABEL. Tú eres bueno: el único corazón noble de todos los que me han puesto sitio...

ERNES. ¿Cómo vas a quererme, Isabel?

ISABEL. Te digo que te quiero... ¿Tú lo dudas?...

ERNES. *(Con ansia de creer.)* ¡No!...

ISABEL. Te lo juro... ¿Lo oyes?...

ERNES. ¡Esto, esto me da la vida! *(Se lleva la mano al corazón, como si sintiera un vivo dolor, y la mira con fijeza. Ella, piadosa, dice:)*

ISABEL. ¿Qué te pasa?... ¿Qué tienes?...

ERNES. ¡Felicidad!... *(Como en éxtasis, con voz medio velada.)*

ISABEL. ¡Vamos un rato afuera! ¡Ven conmigo! ¡Cálmate! ¡Apóyate en mi brazo!... *(Se levantan y caminan pausadamente hacia la puerta del fondo, por donde hacen mutis. Aparece Alfredo por la lateral primera izquierda, y un momento después, Andrés por la primera derecha. Alfredo ya no chupa un habano; apura una triste colilla que le quema los labios y los dedos... Y es todo él la estampa del escepticismo.)*

ALFRE. ¡Romeo y Julieta! ¡Nos ha tocao en una rifa! ¡El gordo de Navidá! ¡Qué idiota es esta chica! ¡Se puede ser tontaina, pero no hasta ese extremo!... *(A su padre, que sale.)* Usté, que no quería al primo Paco porque era pobre... ¿qué dice de esta firma comercial? *(Refiriéndose a Ernesto e Isabel, que están en el jardín. Oscurece.)*

ANDR. ¿De qué hablas?...

ALFRE. ¿No los ha visto usté? Ella y él... ¡Doña Gertrudis y Comillas!

ANDR. ¿Dónde están?...

ALFRE. Se han marchado al jardín para oír el concierto de las ranas; para ver cómo vuelan las palomas; a echar pan a los patos...

ANDR. ¡Pobres patos! ¡Los cuscurros de ayer, porque pan tierno...!

ALFRE. ¿Tan malamente estamos?...

ANDR. ¡Tú dirás!... ¡Tú sabrás lo que ayudas!...

ALFRE. ¡Ah!... ¿Pero usté se piensa que, de no estar yo malo, me pescaban aquí?

ANDR. ¿Qué enfermedad es la tuya? ¿La del sueño?...

ALFRE. Cuando yo estaba bueno no hacía birria. Usté, ahora, está achicado contemplando este cuadro. ¡De seguro que no "habilla" una "pela"!...

ANDR. ¿Y tú?...

ALFRE. Tampoco. Pero conozco un nido. *(Señalando al interior de la alcoba de Isabel.)* Allí, en aquel armario...

ANDR. ¿Y la llave?...

ALFRE. ¡Que lo pregunte un policía, bueno! Pero... ¿usté?...

ANDR. ¿Y qué piensas hacer?...

ALFRE. Usté dirá... Hoy mismo... ¡Me siento registrador de la Propiedad!... ¿Usté se puede estar sin numerario?...

ANDR. ¡Calla, hombre, calla! ¡Cuidao que hemos tenido mala suerte! Ha sido necesario que el Banco más formal hiciera la mamola pa que nosotros volviésemos a correr la bolina.

ALFRE. ¡Paece mentira que un hombre de la experiencia de usté basase su tranquilidad en un Banco formal!...

ANDR. ¿Qué dices, chico?...

ALFRE. ¡Pues claro, hombre! ¡Todavía la formalidá os deslumbra! Os hicieron creer que el Banco ofrecía más garantías que nuestro primo Paco, el carterista más fino de la trinca, y ya lo está usté viendo: el Banco, en quiebra, y Paco, con dos casas y sus buenos ahorritos en acciones de la Tabacalera, que no son humo, como tantas otras. Si no le hubiera usté espantao, hoy le tendría de yerno, y todos estaríamos en la gloria...

ANDR. Agua pasada... ¡Finis!...

ALFRE. Suerte que estoy yo al tanto... A Paco no se

le ha quitao de la chola lo de casarse con la Bel. ¡Eso es formalidá de buena clase!...

ANDR. ¿Ah, sí?... *(Satisfecho y concibiendo una idea.)* ¿Y lo pasao, pasao?...

ALFRE. Para él no ha pasao nada. Isabel es la misma de siempre. La moral de Paco es más clara de lo que usté se piensa. Cuando un hombre hace carteras *(Acción de robar.)* con la limpieza que él las hace, las manías no sirven para nada. ¡Las manías son buenas para los que saben quebrar y guardar la ropita!...

ANDR. ¿De modo que si vas y le dices que queremos hablarle...?

ALFRE. ¡Ha llegao usté en el corto!

ANDR. ¿Y crees que accede a hablar con Isabel?...

ALFRE. Ya está acordao.

ANDR. ¿Con quién?

ALFRE. Conmigo.

ANDR. Y, ¿cómo?...

ALFRE. ¡Es cosa suya!...

ANDR. ¿Cuándo?...

ALFRE. ¡También es cosa suya!

ANDR. ¿Sabes que eso podría ser la solución...?

ALFRE. ¿Cree usté que papo moscas? Si no trabajo es porque medito, y meditando también se hace faena...

ANDR. Ahora sólo falta que Mariana se avenga a eso de Paco.

ALFRE. ¡Ya cuento con su voto! El pensamiento de... la madre es el mismo de usté. ¡Tuvo usté suerte al elegir esposa!

ANDR. ¡Entonces...!

ALFRE. ¡Nada!... ¿No oye usté que medito?... *(Andrés hace mutis por la lateral derecha. Entra Ernesto del jardín. Al ver a Alfredo intenta retroceder, pero éste le llama.)*

ALFRE. ¡No escape, no; que no le pido nada; que no me gusta ser importuno!...

ERNES. ¡No escapo... no!... ¿Qué quieres?...

ALFRE. *(Como medio en broma grosera.)* Oiga usté,

don Fanegas... Venga, hombre... Acérquese tranquilo...

ERNES. Díme... ¿Qué quieres?...

ALFRE. ¿Qué piensa usté?

ERNES. *(Turbado.)* ¡Caramba con Alfredo!...

ALFRE. No, no se haga el chivo loco... ¿Qué piensa usté?...

ERNES. ¿Por qué lo dices?...

ALFRE. ¿No ha visto usté que esto ya se ha acabao; que no hay nada que hacer?...

ERNES. Y eso ¿qué significa?

ALFRE. Significa que estamos jugando a cartas vistas, y que yo, como hermano, tengo la obligación de velar por mi hermana.

ERNES. ¿Por tu hermana?...

ALFRE. Es usté más cerrao de mollera de lo que parece por la cara. ¡Le creía más listo!...

ERNES. ¿Qué dices?

ALFRE. ¿Qué pinta usté ya aquí?...

ERNES. Alfredo: no me hables de ese modo, que no está nada bien. Cuando tenía dinero, nunca te has atrevido a usar de esas maneras...

ALFRE. ¡Claro, hombre! ¡Si precisamente le hablo así porque ya no lo tiene!... Cuando tenía "calés" le veía claro y neto. Le veía de venir: a qué venía y para qué venía. Ahora, que no lo tiene, no me explico qué piensa ni qué quiere... ¡Porque supongo que no tendrá la pretensión de vivir con lo que podamos ganar mi hermana y yo!...

ERNES. ¡Alfredo! ¡A mí, esa infamia...!

ALFRE. *(Interrumpiéndole.)* ¡Contaba con el drama! ¡No me gustan los dramas... de verdad! Aquí está usté de sobra. A mí, de esto... *(Haciendo la señal del dinero con el pulgar y el índice de la mano derecha.)*; ¿me entiende usté?... ¡De esto!... Aquí, liquidación por derribo... ¿No está viendo que estorba?... ¿No comprende que ya está usté de más?...

ERNES. Puede ser... pero no hables así... no te expreses con tanta dureza...

ALFRE. ¡Caramba!
ERNES. ¡Me marcharé, sí!...
ALFRE. ¡Naturalmente, hombre! Antes de que le deje la Isabel. Es demasiado joven mi hermana pa-ra esclava de un compromiso que se acabó el mismo día que se acabó la...
ERNES. ¿Qué?...
ALFRE. ¡La última peseta, y lo demás son cuentos! ¡Más claro ya, el Lozoya!...
ERNES. ¡Y tan claro que está! ¡Me has hecho mucho daño!...
ALFRE. De momento, es posible. Es como al que le arrancan una espina. Después viene el alivio. Hágame caso... ¡Váyase! Y cuanto antes, me-jor... Si puede ser, hoy mismo...
ERNES. *(Desconcertado.)* ¿Hoy mismo?
ALFRE. *(Confidencial.)* ¿Toavía no ha visto usté la pin-ta al juego?
ERNES. ¿ ... ?
ALFRE. ¿De verdad que no sabe nada?...
ERNES. No te entiendo.
ALFRE. ¿No le conoce usté?...
ERNES. ¿A quién?...
ALFRE. ¡Al galán!... ¡Al otro!
ERNES. *(Impaciente.)* ¡Alfredo!...
ALFRE. ¡Chist! Me voy de la "mui" porque en casa no me gustan los líos... *(Resuelto.)* ¡Isabel tiene novio!...
ERNES. *(En un grito.)* ¡Mientes!...
ALFRE. ¡No alborote!
ERNES. ¡Embustero!
ALFRE. ¡Menos voces, o armamos la garata!
ERNES. Es una infamia todo eso que dices. ¡Una in-famia, que a saberla Isabel...!
ALFRE. ¡Le digo que no me encampane, y encima gri-ta más! ¡Pare la jaca!...
ERNES. ¡La Bel es una santa! Y tú, un granuja...
ALFRE. *(Cogiéndole por la solapa y sacudiéndole.)* Si se chiva le doy a usté un mamporro... *(Entra Isabel por la puerta del jardín y sorprende la violencia de Alfredo.)*

ISABEL. *(Desde la puerta.)* ¡Alfredo! ¡Sinvergüenza!...
ALFRE. ¿Insultos a dúo?... ¡Magras!... *(Mutis primera izquierda.)*
ISABEL. ¿Qué te ha dicho?
ERNES. Nada. Nada me ha dicho...
ISABEL. ¿Qué pretendía de ti?...
ERNES. Ya sabes cómo es.
ISABEL. ¿Qué quería?... ¡Dílo claro!...
ERNES. Te digo que no me ha dicho nada... No vale la pena...
ISABEL. Ernesto: quiero saber la verdad.
ERNES. La verdad... No sé cómo decirte...
ISABEL. ¡Mira que lo adivino!...
ERNES. *(Tímidamente.)* Tu hermano quería que me marchase. *(Como obedeciendo sugestionado.)* Me ha dicho que me vaya...
ISABEL. *(Nerviosa.)* ¿Y qué más?...
ERNES. Que me vaya en seguida... Hoy mismo... Porque...
ISABEL. ¡Dí!...
ERNES. ¡Porque tú...!
ISABEL. ¿Qué...?
ERNES. Que tú... ya tienes otro... *(Y se tapa la cara con las manos.)*
ISABEL. ¡Malvados! ¡Tú no lo creas, Ernesto!... ¡Quieren que dudes de mí para que me dejes!... Quieren que me dejes tú, que eres bueno, para ofrecerme como una bestia de lujo al primer comprador que se presente... ¡Venderme una vez más!... ¡Tú no los creas, Ernesto!... Me he jurado a mí misma no dejarte jamás. Si pasamos miseria, la esconderemos tú y yo juntos, aquí, entre estas paredes, que aún son un poco nuestras, hasta que nos las quiten. ¡No! ¡No te dejaré! Ahora tengo valor para todo, para afrontarlo todo; para luchar con todo el mundo. *(Cogiéndole del brazo y amenazando trágicamente hacia la primera puerta lateral izquierda.)* ¡Que venga quien se atreva a lanzarte a la calle! ¡Que vengan a tocarte!... ¡Que vengan!...

ERNES. ¡Isabel! ¡Isabel!... ¡Eres una santa!...
ISABEL. ¡Soy una mujer!... ¡Tranquilízate, Ernesto!... Los veo a todos, adivino lo que piensan y lo que traman, y estoy dispuesta a deshacer cuanto maquinen. ¡En esta casa, Ernesto, no entrará, te lo juro, otro hombre más que tú!...
ERNES. ¡Isabel!... Si pudiera arreglar mis asuntos... ¿dejarías a esa gente?... ¿Nos iríamos a vivir tú y yo solos muy lejos?...
ISABEL. Sí; pero ahora no temas, Ernesto... Cree lo que yo te digo...
ERNES. ¡Te creo!... ¡Siempre te creí!... Pero siento vergüenza y me dan miedo...
ISABEL. Anda, Ernesto; márchate a descansar... Duerme... Sosiégate... Yo tengo mis proyectos... Basta de lucha... Me registran los bolsillos... Me abren los muebles... Mi hermano es un ladrón, frío, capaz de asesinarme a puñaladas para robar mi sangre e ir a bebérsela entre compadres y perdidas... *(Cuando dice "mi hermano es un ladrón", etc., aparece la silueta de un hombre en el marco de la ventana. La penumbra de la alcoba de Isabel hace que no se conozca quién es el que salta al interior y se esconde tras los pliegues de la cortina de la derecha.)*
ERNES. Estoy cansado, Isabel. Voy a mi cuarto. ¡Descansa tú también! *(La besa en la frente.)*
ISABEL. ¡Adiós, Ernesto!... *(Isabel le sigue con piadosa mirada y luego repasa dos o tres puertas para cerrarlas o convencerse de que lo están. Cuando va a penetrar en su alcoba, llaman discretamente a la puerta primera de la izquierda.)*
ISABEL. ¿Quién es?...
CRIA. *(En voz baja.)* ¡Señorita!...
ISABEL. *(Abre.)* ¿Qué quieres, Emilia?...
CRIA. ¡Tengo miedo, señorita!
ISABEL. ¿Qué tienes?...
CRIA. ¡Miedo!... ¡No sé!...
ISABEL. ¿Miedo?, ¿de qué?..., ¿qué pasa?
CRIA. ¡Señorita Isabel: no me descubra! Toda la no-

che estoy muy asustada... Dos o tres veces he sorprendido a su padre hablando en voz baja con la señora Mariana. Hace un cuarto de hora estaban a la puerta del jardín su padre con su hermano, y he oído cómo su hermano decía muy decidido: "¿A qué tantas historias?... ¡Ahora mismo: esta noche...!"

ISABEL. ¿Por dónde anda ahora Alfredo?

CRIA. No lo sé... Ya no le he vuelto a ver...

ISABEL. ¿Qué se proponen?...

CRIA. ¡Tenga cuidado, señorita!... Tengo miedo de que le ocurra algo. Hasta he pensado que si venían a buscar dinero, como usté no lo tiene—y perdone el atrevimiento—, yo he ahorrado cincuenta duros, que no me he de gastar, y se los dejo, de momento, para salir del compromiso... ¡No se enfade, señorita Isabel... que yo la quiero mucho y sufro viéndole a usté que sufre!...

ISABEL. ¡Emilia! *(Conmovida.)*

CRIA. ¡Tome, señorita, tome!... ¡No tengo más!... ¡Si tuviera más, también se lo daría!... *(Deja sobre la mesa unos billetes.)*

ISABEL. ¿Por qué haces esto, Emilia? ¡Llévate tu dinero!...

CRIA. *(Saliendo.)* No lo quiero. Me los devolverá otro día... ¡Qué miedo, señorita!... *(Desde la puerta.)* ¡Tenían un gesto y hablaban en una voz tan baja!... *(Mutis.)*

ISABEL. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué desastre y qué pena!... *(Va a arrodillarse delante de la imagen de la Virgen, situada a la derecha del marco de entrada a su alcoba. Cuando tiene los brazos en cruz y ha dicho: "¡Virgen Santa, ampárame! ¡Tú, que sufriste el dolor...!", se abre la cortina que cae precisamente delante de ella (cortina izquierda de las dos que penden a la dicha entrada de su alcoba) y aparece Paco, que le dice en voz baja:)*

PACO. ¡No te asustes; soy yo: Paco! *(Avanza un paso.)* ¡Tu primo!

ISABEL. *(Bajísimo.)* ¿Qué haces aquí?
PACO. Deseo que hablemos. ¡Cálmate! *(También en tono bajo, pero no tanto.)*
ISABEL. ¿A esta hora?...
PACO. ¡Hemos de hablar a solas! ¡Nunca he podido y mira que lo he buscado!
ISABEL. ¡Vete! ¡No te puedo escuchar!...
PACO. ¡Serénate, Isabel, que no vengo de mala fe! ¡Te pido que me escuches!...
ISABEL. ¡Imposible!
PACO. *(En un tono más alto.)* Imposible, no. Ya sabes que siempre te he querido...
ISABEL. Vete; vete en seguida... No estés aquí ni un momento más... *(Ella siempre en voz bajísima.)*
PACO. ¡No, Bel, no! No me digas que me marche antes de hablarte, porque no me iré. Hoy me habrás de escuchar lo que nunca he podido decirte. Ahora ya no se opone tu padre... ¡Al contrario!
ISABEL. ¡Márchate o grito!
PACO. *(Acercándose.)* ¡Es inútil! Tú todavía me guardas simpatía. Una vez, hace ya cinco años, me dijiste...
ISABEL. *(Interrumpiéndole.)* ¡Aparta!
PACO. ¿Por qué eres tan arisca conmigo? ¡Ven aquí! *(Amoroso.)* ¡Escucha! *(La coge por un brazo.)*
ISABEL. ¡Gritaré!
PACO. No grites, que es peor. *(Nerviosamente.)* ¿Sabes lo que te digo?... Que todavía no me conoces lo bastante... Te quiero con buena intención... ¡Te quiero!
ISABEL. ¡Déjame, Paco!
PACO. ¡Te quiero con toda mi alma!
ISABEL. ¡Que me comprometes! ¡Déjame! *(Siempre en voz baja toda la escena hasta que se indique.)*
PACO. ¡Nena!... ¡Isabel!... ¡Pequeña!... ¿No me quieres tú a mí?... *(La abraza.)*
ISABEL. ¡Que me estrangulas, Paco! ¡Déjame! *(Resistiéndose.)*
PACO. *(Sensualísimamente.)* ¡Oh! ¡Has de ser mía!...
ISABEL. *(Con voz ahogada.)* ¡Paco! *(Aparece don Ernesto por la segunda lateral derecha y avanza*

un paso. Al ver a Isabel en brazos de otro hombre lanza un grito de dolorosa sorpresa.)

ERNES. ¡Isabel! ¿Quién es este hombre? *(Al pronunciar estas palabras cae desolado con ambas rodillas en tierra. Y, como presa de una agónica desesperación, arrastrándose, va hacia el grupo de Isabel y Paco y cae a sus pies, exclamando en un gesto de suprema angustia, cogiéndose el cuello con ambas manos:)* ¡Me muero! ¡Me muero!... *(Paco, al darse cuenta de que un hombre agoniza allí mismo, separa su cabeza del cuello de Isabel, a la que ya besaba con irrefrenable pasión, y sin dejarla, sujetándola aún por los brazos, interroga:)*

PACO. ¡Isabel! *(Cuando ella se rehace y adivina lo que ha ocurrido, al ver a Ernesto en tierra se desprende, de una gran sacudida, de los brazos de Paco, que queda un momento en suspenso.)*

ISABEL. ¡Ah, miserables!... ¡Ernesto!... *(Se arrodilla junto a él y le palpa como queriendo saber si el corazón funciona.)* ¡Muerto! *(Paco huye por la ventana.)* ¡Ernesto! ¡¡Asesinos!!... *(Intenta ponerse en pie, pero renuncia y dice como loca cogiendo la cara del muerto e intentando hacerle abrir los ojos.)* ¡Mírame, Ernesto! ¡Era un ladrón! ¡Yo no te engañaba! *(Llorando.)* ¡Ni para este hombre he sido honrada! *(Revolviéndose.)* ¡Ah, criminales! *(Ya de pie.)* ¡Miserables!... *(Voces detrás de la puerta de entrada a la habitación. Lateral izquierda.)*

ANDR. ¡Abre! ¡Abre la puerta!

MARIA. ¡Isabel!

ALFRE. ¡Abrir!

ANDR. ¡Abre, hija!

ALFRE. ¡Abrir de prisa!

MARIA. ¡Isabel! ¡Isabel!

(Simultáneamente.)

(Isabel da un gran salto y abre la puerta de un empujón. Van a entrar Andrés, Mariana, Alfredo y la Criada, pero al ver a Ernesto en tie-

rra se quedan justamente en el dintel. Isabel, imperiosa, dice:)

ISABEL. ¡Atrás!
ANDR. ¡Muerto!
MARIA. ¡El!
ALFRE. ¡El viejo!
(También simultáneamente y en tono de gran sorpresa.)
ISABEL. ¡No os estorbará más! ¡Ya se acabó el estorbo!
ANDR. ¿Quién le mató?
ISABEL. ¡Vosotros!
ANDR. ¿Qué dices?
ISABEL. ¡Sí, vosotros: a pellizcos, primero; a mordiscos, después!...
ANDR. ¡Piensa que soy tu padre!...
ISABEL. ¿Usted mi padre y me ha vendido?... ¡Usted es mi verdugo! ¡Me engendraron el vicio y la miseria! ¡Marchad de aquí donde yo no os vea nunca! ¡Esta es mi casa como era mía la honra por la que la cambié!... ¡Os arrojo!... ¡Marchaos!...
ANDR. ¡Está loca!
ISABEL. ¡Asesinos! ¡Miserables!... *(Cierra otra vez la puerta y se queda con los brazos en cruz, de cara a la escena, como para impedir que entren.)* ¡Ya he llegado a la cumbre del Calvario!...
CRIA. ¡Señorita! ¡Va a venir la Justicia!...
ISABEL. ¡La Justicia!... ¿Dónde ha estado hasta ahora la Justicia?...

TELON

